

¿Qué estarías dispuesta a sacrificar en nombre del amor?

*¿Quién
le teme
al* **LOBO
FEROZ?**

BLANCA SANTORO

¿Quién le teme al lobo feroz?

Blanca Santoro

© *Copyright 2019; Blanca Santoro.*

Diseño de cubierta: Alexia Jorques.

Depósito legal:

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, fotocopia, grabación u otro, o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de *copyright*.

Esta es una obra de ficción.

Todos los nombres, caracteres, lugares y situaciones que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor y cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos de negocios o lugares, hechos o situaciones, son pura coincidencia.

Moraleja

Aquí vemos que la adolescencia,
en especial las señoritas, bien hechas, amables y bonitas
no deben a cualquiera oír con complacencia,
y no resulta causa de extrañeza
ver que muchas del lobo son presa.
Y digo el lobo, pues bajo su envoltura
no todos son de igual calaña:
los hay con no poco maña,
silenciosos, sin odio ni amargura,
que en secreto, pacientes, con dulzura
van a la siga de las damiselas
hasta las casas y en las callejuelas;
más, bien sabemos que los zalameros
entre todos los lobos ¡ay! son los más fieros.

Charles Perrault (1697)
“Le petit chaperon rouge”

1

Playa, sur.

De pequeña, mi cuento favorito era el de Caperucita roja. Quizá, porque, en cierta manera, me sentía identificada con la protagonista. A ver, no tenía ninguna abuela enferma a la que visitar ni ningún lobo que quisiera comerme, pero sí sentía cierta conexión con ella. Quizá porque me encantaba imaginarme con una capa roja o porque me parecía de lo más aventurero cruzar un bosque con una cesta repleta de comida. Lo único que me molestaba era que el leñador tuviera que matar al lobo. No me entiendas mal, lo último que deseaba era que éste se comiera a la abuelita, pero jamás entendí por qué un personaje con escaso protagonismo, tenía que matarlo. ¿Es que no podía hacerlo Caperucita?

Vamos, estaba tan segura de que ella podía matarlo que empecé a inventarme otros finales. Finales en los que yo, Caperucita Roja, le clavaba una espada de madera (en realidad, la escoba con la que blandía el aire de mi habitación) y sacaba a la abuela de su abultada barriga. Eso sin hablar de la ocasión en la que lo hice huir a base de escobazos; antes de que se comiera a la *abu*, claro, y dejaba que el leñador tuviera su segundo de gloria.

¡Así de valiente era yo! ¡Así de ingenua fui siempre!

Después, al irme haciendo mayor, el cuento dejó de ocupar un lugar especial en mi estantería y fue sustituido rápidamente por novelas de aventuras y de fantasía. Y, como no, empezaron a aparecer lobos reales en mi vida. Lobos tan hambrientos como el del cuento. Solo que estos no querían devorarme, o por lo menos, no del mismo modo que el de los hermanos Grimm. Estos pertenecían, más bien, a la versión de Charles Perrault^[1]. Pero estaba en esa edad en la que deseas que te coman, así que me convertí en la dulce caperucita del cuento.

Los besos son divertidos, y más si tu acompañante sabe cómo iniciarte en ellos.

Fui a la universidad y conocí a más mamíferos, unos con los caninos o el pelo más largo que otros, pero, en definitiva, animales hambrientos. El

campus de cualquier universidad es un zoo repleto de una fauna realmente exótica y yo me sentía muy bien en medio de esa jungla de seducción y sexo. Esto no quiere decir que fuera una pésima estudiante, al contrario, disfrutaba mucho aprendiendo lo que iba a ser mi trabajo, mi fuente de ingresos, mi vida. Así que, el día que me gradué, salí a celebrarlo junto a mis amigas como si no hubiera un mañana.

Fuimos al local que estaba de moda en aquel entonces y tuvimos suerte de encontrar un pequeño reservado vacío, en el que nos acomodamos como si no tuviéramos intención de levantarnos jamás. Era nuestro rincón. El mundo nos pertenecía y pensábamos gritarlo a los cuatro vientos.

Fue ahí donde conocí a Mario.

Mi lobo particular.

Alto, atlético, cabello negro, pestañas largas, abogado. Carismático. Tan seguro de sí mismo que acabó por conquistarte. Me enamoré de él. Y él de mí. De eso estoy segura. Se lo veía en los ojos cada vez que hacíamos el amor. Cada vez que lo sorprendía mirándome. Cada vez que me lo susurraba en el oído y yo me estremecía.

Lo que no sé es qué pasó después, por qué todo se rompió.

Playa, norte.

Estoy sentado en el porche de la casa de la playa que he alquilado hasta septiembre. Bebiendo. Observando el mar mientras la cálida brisa se pega a mi piel y trato de convencerme de que no estoy perdiendo el tiempo; de que, en cualquier momento, encontraré algo sobre lo que escribir: una gran historia que me devolverá a la cumbre.

Sin embargo, mi mente no deja de enviarme señales contradictorias. Como, cuando, a los catorce años, soñé que era un payaso.

Ya sabes a qué me refiero, al típico payaso de circo con la cara pintada de blanco y una enorme sonrisa roja que camina por la pista sujetándose con ambas manos unos pantalones diez tallas más grandes que él. Aún recuerdo que mi mayor temor era que se me cayeran y el público me señalara con un dedo y se riera de mí. Tanto así que era incapaz de dar un paso sin tropezarme con los enormes zapatos que llevaba. Pero yo seguía dando vueltas a la pista como un muñeco de cuerda, siempre a punto de caer, con esa sonrisa tonta dibujada en la cara y el temor anudado en la garganta, hasta que lo que más temía se hizo realidad y el público estalló al verme caer, sin poder levantarme.

Quizá por esto, empecé a fantasear con la posibilidad de ser policía. Me veía resolviendo crímenes al más puro estilo de las series americanas que veía en la televisión, persiguiendo a los malos por estrechos callejones, saltando vallas y bebiendo en bares exclusivos para policías. Pero este sueño fue rápidamente sustituido por el de ser astronauta y luego por el de futbolista y por el de informático y por el veterinario hasta que terminé estudiando medicina.

Esta vez tardé tres años en renunciar. Justo lo que tardé en darme cuenta de que si seguía ese camino me iba a pasar toda la vida recetando medicamentos y viendo enfermedades. Y yo soñaba con vivir, joder, con exprimir la vida al máximo y crear mi propia teoría del «*carpe diem quam minimum credula postero*»^[2]. Así que entré a trabajar en una fábrica cómo

peón de una cadena de montajes para poder independizarme y hacer realidad mi sueño.

Y eso hice. Durante ocho años compartí piso con dos compañeros del trabajo y me dediqué a disfrutar de la vida: fui a Francia, Italia y Gran Bretaña, y salí de fiesta todos los fines de semana. Me emborraché más de una vez, y me dejaron y dejé hasta el día que me despidieron del trabajo por reducción de plantilla. Entonces... bueno, entonces vino la búsqueda frenética e infructuosa de trabajo, el tener que regresar a casa de mis padres, con tres maletas cargadas de libros y ropa por lavar. El volver a depender de ellos. El volver a empezar. El no tener nada que hacer, salvo lamentarme de mi situación.

Era como si el mundo se hubiera olvidado de mí y yo ya no tuviera ningún papel importante que representar: me convertí en una ficha innecesaria, inservible, que alimentar. Un fantasma más de la lista de desempleados. Un número. Una sombra que vivía del pasado. Del todo lo que hubiera podido hacer y no hice.

Empecé a beber, a fumar, a darme igual todo. Era un recipiente vacío, sin sueños ni esperanzas. Un ocioso del sistema, creado por el propio sistema. Hasta la noche en que me senté frente al ordenador y volqué toda mi rabia y frustración en un página de word.

Triunfé.

Nunca lo pretendí. Nunca soñé con ser escritor. Sencillamente me dediqué a vaciar toda mi impotencia en un documento que, poco a poco, se fue transformando en una novela sobre sueños rotos e ilusiones. Fue toda una sorpresa. Un motivo de orgullo para mis padres, que al fin les demostraba que yo servía para algo más que para salir de fiesta. Sobre todo cuando se convirtió en un bestseller y su hijo empezó a ganar dinero. A ser alguien. A salir en los periódicos. A ser reconocido en la calle. A dejar de ser él para reencarnarse en otra persona.

En un completo desconocido que no sé cómo volver a ser.

Playa, sur.

Me llamo Lucía.

Nací hace veintinueve años en un pueblecito muy cerca de Madrid y me gradué, como bien sabes, como arquitecta. La noche en la que mis amigas y yo salimos a celebrar la vida que nos esperaba fuera del campus universitario cantamos, o por lo menos intentamos convertirnos en alguno de nuestros cantantes favoritos; y bebimos y reímos y me enamoré del hombre que, unos años después, sería mi marido.

Sí, sé que no fue exactamente así. El hecho de enamorarme vino después, con el tiempo. En un principio, Mario sólo fue una distracción, alguien divertido con quien pasar algunas noches, con quien reír y compartir mis dudas y esperanzas de futuro. Pero era inevitable que pasara. Me refiero a enamorarme de él. Era dulce, cariñoso, siempre me escuchaba y, cuando notaba que el día no me había ido tan bien como yo hubiera deseado, me hacía reír. Es más, a los dos meses de salir como novios o como pareja, escoge el término con el que te sientas más a gusto, me regaló un ramo de rosas con una pequeña nota en su interior:

*Eres todo cuanto soñé, cuanto pedí en la vida.
Te amo.*

Y ahora te pregunto yo: ¿cómo no iba a enamorarme de él?

Nos casamos. Tres años después de empezar a salir. Exactamente el mismo día en que nos conocimos en Madrid. Mi vestido de novia era maravilloso. Siempre había fantaseado con la idea de casarme con un vestido repleto de pedrería y un ramo blanco de tulipanes y mi familia no dudó ni un segundo en pagarme este capricho. Después de todo, había sido una buena hija; siempre hice lo que se esperaba de mí.

En fin, el cura nos bendijo, el arroz cayó sobre nosotros a la salida de la iglesia, cortamos el pastel de cuatro pisos juntos, bailamos como si nadie

fuera capaz de despegarnos y salimos de luna de miel. Fuimos en busca de playa. De sol. De hamacas y cócteles. De música caribeña. Paseamos por la playa, comimos, hicimos el amor y volvimos a hacer el amor. Pero, por más que lo intento, no consigo ver qué no vi entonces; qué señal no supe detectar a tiempo: Por qué el hombre con el que me casé, el hombre que decía amarme, necesitaba pegarme e insultarme para demostrarme lo equivocada que estaba; que le pertenecía.

Playa, norte.

Bajo la mirada hacia el botellín que sostengo por el cuello y bebo un trago de cerveza; seguido de un segundo. Mi único objetivo en este momento es emborracharme y olvidar a mi otro yo; el que escribió *Tiempos convulsos*. Cierro los ojos y, durante unos segundos, me dedico a escuchar el rumor de las olas al romper sobre la arena y a sentir la pegajosa caricia del viento en la piel expuesta de mis brazos y piernas. Los abro y observo el horizonte teñirse de azul y a la mujer que ha aparecido de la nada frente a mi casa. Etérea, frágil, con un vestido blanco por encima de las rodillas, y el pelo suelto y largo que el viento mece a su voluntad.

Fuerzo la vista por si puedo distinguir algún rasgo de su rostro pero, desde aquí, solo es una figura estática frente a la inmensidad. Recorro la playa con los ojos, la vastedad de arena y casas que conforman la costa, y vuelvo a centrarme en ella. Después de todo, este sitio es bastante solitario y hace más de una semana que no me he tropezado con nadie.

Bebo otro sorbo, absorbo en el bajo de su vestido, en cómo el viento lo agita contra sus piernas, lo levanta y pega a sus muslos. Subo la mirada hasta sus caderas y me entretengo más de la cuenta en su cintura y... ¿en el chal rojo que lleva sobre los hombros?

Joder, sólo de verlo, y siento cómo un hilo de sudor se desliza por mi espalda.

No sé por qué se envuelve con esa tira rectangular de tela, sólo que ésta excita la parte que hay en mí de escritor. Tanto que mi mente empieza a elucubrar posibles historias del por qué está aquí, sola, abrazada a sí misma, inmóvil, como si fuera una estatua de sal adorando el mar. Y se me ocurre que puede ser porque su novio la ha dejado plantada justo cuando estaba a punto de pronunciar el fatídico *sí quiero*. Momento en el que le revela que no puede seguir con esa farsa porque se ha enamorado de su mejor amiga, o de su hermana; no, no, mejor de su madre, es más fuerte; aunque más impactante sería si fuera del cura.

Joder, ya puestos, que encima sea mormón.

Vacío de un trago el botellín y noto el sabor amargo de la frustración bajando por mi garganta. Necesito encontrar una historia que enganche al lector, que transmita la fragilidad y la desolación de la imagen que tengo frente a mí. Entrecierro los ojos como si esperase ver materializarse su historia en el aire, y tomo una decisión. Después de todo, puede que todo se reduzca a este momento, a ser capaz de coger lo que el universo me ofrece, sin cuestionarme nada más.

Así que me levanto y me acerco a ella en busca de la inspiración que me hace falta para sentarme de una puta vez frente al ordenador y empezar a teclear algo que tenga sentido.

Camino despacio, como si una parte de mí temiera asustarla, aunque esto no me impide apreciar cómo la brisa juega con su cabello liberando destellos plateados ni cómo los largos flecos del chal ondean suavemente a su paso mientras ella sigue observando el mar; ajena a todo lo que pasa a su alrededor.

A mí presencia, inclusive.

Me detengo a un metro suyo, me paso indeciso una mano por el pelo y desvío la vista hacia otro lugar para volver a mirarla. Ahora o nunca, me digo, antes de abrir la boca y soltar lo primero que me viene a la cabeza.

—Buen día para surfear, ¿no? —Sí, bueno, sin comentarios, porque si esto es lo mejor que puedo hacer, no me extraña que mi creatividad me haya abandonado.

Ella se sobresalta, puedo ver como sus hombros se tensan, al igual que el chal sobre su espalda. Sigue con la vista clavada en el horizonte, y yo decido acercarme un paso más.

—No es que piense salir a cabalgar ninguna ola, en realidad, ni siquiera tengo una tabla con que hacerlo, pero es algo que siempre he querido hacer. — ¿En serio, machote?

Nada. Como si estuviera hablando solo. Quién sabe, a lo mejor lo estoy haciendo, después de todo, puede que sea sorda. Aunque si lo fuera, ahora mismo sus hombros no estarían tan tensos. Así que me acerco un paso más hasta situarme a su lado y decido que sea ella la que dé en esta ocasión un paso hacia mí y me mire. Permanezco con la vista al frente, con las manos en los bolsillos del pantalón corto, esperando y ella me da la espalda y se va.

Playa, norte.

El miedo se apodera de mí al oír la voz del desconocido.

No sé quién es ni que quiere de mí, pero todo mi cuerpo me pide a gritos que me aleje de él, que no le dé a Mario otro motivo para enfadarse conmigo. Y yo deseo complacerlo, pero me obligo a girarme despacio como si no fuera consciente de su presencia e irme.

Camino siguiendo la orilla, con la vista clavada en la arena, y dejo que el miedo se vaya suavizando; sin exigirle nada, sin prometerle nada, solo dejando que exista. Trato de no identificarme con él, verlo desde la lejanía, como una amiga me recomendó que hiciera cada vez que éste saliera a flote, pero no sé si es la mejor manera de vencerlo.

Debo aclarar que mi amiga, Clara, ha entrado en una nueva fase de vida en la que devora todo libro de autoayuda que encuentra en su camino. Me hubiera gustado preguntarle qué es lo que no va bien en su mundo, pero cuando tuve el valor de rogarle que nos viéramos, de explicarle en una cafetería con un jersey de invierno en pleno mes de junio cubriendo los moratones de mis brazos, que necesitaba su ayuda para poder desaparecer unos meses sin que Mario pudiera encontrarme, sólo sentía una enorme vergüenza. Vergüenza de confesar que era víctima de malos tratos. De haber sido golpeada, humillada y castigada. De lo que pudiera pensar la gente de mí, de lo que me estaba pasando, de si me lo merecía.

Pero, sobre todo, vergüenza de que alguien de mi familia pudiera enterarse de todo.

Sin embargo, ella no dijo nada. Sólo puso una mano sobre las mías y las apretó con suavidad. No me juzgó ni preguntó. Se limitó hacer una llamada, hablar con quién fuera estuviera al otro lado de la línea y apuntarme la dirección de este lugar.

—Ahí estarás segura. El año pasado necesitaba alejarme de todo y pasé el verano en ese lugar. Nadie te encontrará.

—Gracias —susurré con la vista en el café intacto, notando cómo las

lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

— ¿Necesitas que te acerque?

—No. Sí, por favor. —Era tal el miedo que sentía que me veía incapaz de regresar a casa, como si Mario pudiera adivinar que planeaba dejarlo.

— ¿Te parece si nos vamos ahora?

—Sí, por favor —dije mirándola a los ojos; dejando al descubierto, en mi mandíbula, el último moratón que Mario iba a marcar en mí. Necesitaba desesperadamente alejarme de él porque lo odiaba y amaba a partes iguales y porque necesitaba quererme otra vez.

Segundo día. Playa, norte.

Son las siete de la mañana, y apenas si he dormido. Apoyo los codos en el escritorio y la frente en las manos entrelazadas. Joder, estaba convencido de que tenía una buena historia, pero está claro que no es así. Respiro hondo para calmar mi frustración y me levanto para prepararme un café. Voy a la cocina, saco una taza del armario de arriba, pongo una cápsula en la cafetera y, mierda, grito dando un puñetazo en el mármol. Sólo pido ser capaz de escribir un párrafo sin sentir que he es una bazofia.

Tardo un momento en recobrar la compostura necesaria como para apoyarme en la isla central de la cocina con la taza de café en una mano y en la otra el móvil. Abro los mensajes y siento cómo la realidad vuelve a ahogarme. El primer mensaje es de mi editor y no tengo nada que ofrecerle; tan en blanco como hace siete meses, cuando me instalé aquí. Dejo la taza sobre la encimera y me paso una mano por el cabello antes de abrirlo y leer: «Ni el dinero ni la fama son eternos. Sigo esperando».

Escueto.

Efectivo.

Demasiado efectivo.

Tanto que cierro un instante los ojos para tratar de relajarme y después miro el mar a través de la ventana de encima el fregadero. A estas horas, debería de estar sentado ahí fuera disfrutando del primer café del día pero, en vez de eso, me aprieto el puente de la nariz y me preparo para mentir:

«En dos meses tendrás algo mío», tecleo.

Apago el móvil sin mirar los otros mensajes y saco una cerveza de la nevera. Algo que me ayude a suavizar toda la frustración y la rabia que siento. Salgo al porche y la suave brisa de principios de julio me envuelve en su asfixiante abrazo mientras el calor se pega a mi piel como si me hubiera soldado a un radiador en pleno funcionamiento.

Bebo un trago, saboreo la cerveza unos segundos en mi boca antes de sentir cómo se desliza por mi garganta y observo a una gaviota descender en

picado y capturar su alimento en la superficie del agua. No puedo evitarlo, mi boca se tuerce en una sonrisa cargada de ironía al pensar que muchos escritores encontrarían esta escena majestuosa, incluso algunos dirían que es poesía para el alma. En cambio, para mí, sólo es una de las muchas aves marinas que asolan nuestras costas en busca de alimento; hasta, si me fuerzas, una fotografía en blanco y negro que colgar en una exposición, pero sin ninguna fuerza narrativa detrás.

Deslizo la mirada hacia la soledad de este lugar, a las casas deshabitadas a pie de playa, y noto cómo mi corazón se acelera al descubrir a la mujer del chal ensimismada con las huellas que sus pies dejan en la arena. Inmediatamente mi boca esgrime una sonrisa. Después de todo, parece que voy a tener una segunda oportunidad de conseguir mi historia.

Playa, sur.

Hace más de media hora que camino sin ser consciente de adónde me llevan mis piernas, solo con la necesidad de huir de mi misma y de los recuerdos que se agolpan insistentemente en mi cabeza. Pero, sobre todo, de las preguntas sin respuesta que me ahogan con sus infinitos porqué.

Me detengo, cierro los ojos y alzo la cabeza hacia el sol mientras la brisa juega con mi cabello y me envuelve en su caluroso abrazo. ¿Por qué dejé y permití que las cosas llegaran tan lejos? ¿Por qué oculté la violencia de Mario ante todos? ¿Por qué perdoné y justifiqué cada uno de sus insultos; agresiones? ¿Por qué me alejé de mis amigas, de mi familia, de todos, para poder estar bien con él?

Dejo que el calor aleje las pesadillas que aún forman parte de mi cuerpo y, por un instante, celebro el estar viva. Si pudiera, si existiera una fórmula mágica de borrar el pasado y empezar de cero...

Playa, norte.

—Déjame adivinarlo: ¿has venido a preguntarme si conozco a alguien que pueda enseñarte a hacer surf? —El comentario no es muy ingenioso, hay que reconocerlo, pero tampoco lo fue el de ayer. Así que para qué me voy a estresar.

Ella abre los ojos de golpe y me mira. Es guapa. De piel clara, aunque sus mejillas han adquirido algo de color. Su boca es grande, de labios carnosos, y puedo ver perfectamente cómo aprieta los dientes. Así como el miedo que hay en sus ojos, verdes; misteriosos como el musgo de un bosque centenario. Y eso lo único que consigue es despertar aún más mi curiosidad por conocer su historia. Eso sin mencionar que a una parte de mí le gustaría abrazarla. De la misma manera que lo hacía cuando de niño veía a un gato o a un perro abandonado y mi madre me soltaba la cantinela de siempre: «No te lo puedes llevar a casa, no te encariñes con él. Suéltalo y lávate las manos».

De alguna forma, el miedo que veía en ellos es el mismo que me muestran sus ojos.

Hundo las manos en los bolsillos del tejano corto para demostrarle que no tiene nada que temer y sonrío.

— ¿No te parece curioso que volvamos a encontrarnos?

No, por el modo como retrocede, no parece muy contenta de volver a verme. Baja la vista, se aparta un mechón de pelo de la cara y me da la espalda. Tensa, al igual que el chal sobre sus hombros. Suspiro y camino junto a ella, dejando que sus ojos se pierdan en nuestros pies descalzos sobre la arena.

Soy consciente de que no quiere mi compañía, seguramente la de nadie, pero también de que no me lo ha dicho. Por lo menos, no con palabras, así que me aprovecho de su silencio y decido acompañarla en su huida.

—Soy escritor. Quizá hasta has leído mi libro *Tiempos convulsos*. — Esta vez el comentario es premeditado, a todo el mundo le gusta codearse con un famoso y, si éste es escritor, lo más probable es que le sueltes toda tu vida

esperando verla novelada. Y esa es mi intención, que me cuente su vida. Así que espero con una suave sonrisa una reacción de su parte y lo único que obtengo es un suave suspiro de decepción al ver el nulo interés que despierto en ella.

Contemplo las casas que vamos dejando atrás, todas hermosas, de gente bien, y no puedo evitar preguntarme qué hace aquí. Con esto no quiero decir que no pueda pertenecer a este ambiente; el infiltrado, en todo caso, soy yo, sólo que hay algo en ella que no encaja en este lugar.

— ¿Puedo preguntarte que haces aquí?

Giró la cabeza para observarla, pero solo obtengo una cortina plateada que me impide ver su rostro. No me importa, en serio, no me importa que el único sonido que nos sobrevuele sea el graznido de las gaviotas. De alguna manera, su silencio compagina con el miedo de sus ojos y su historia se vuelve aún más enigmática. Justo lo que necesito para mi novela: una protagonista con un pasado traumático.

Ahora solo tengo que descubrir la raíz de sus temores.

Así que miro al frente, a la arena caliente que aguarda nuestras huellas, y continúo con mi soliloquio.

—Entiendo que no quieras decirme nada. Después de todo, yo podría ser un loco perturbado —murmuro—, pero llevo siete meses aquí hablando prácticamente conmigo mismo y, aunque soy una excelente compañía, este lugar es tan solitario que he terminado por conversar con las gaviotas. Y puedo asegurarte que es una experiencia bastante frustrante.

La miro por si hay algún cambio en su actitud pero nada. Sonrío, por si acaso, y añado:

—Espero no te importe aguantarme un par de metros más.

La sonrisa se seca en mis labios.

Hundo las manos en los bolsillos y suspiro. Si quiero saber algo de ella, quizá deba ofrecerle un pedazo de mi alma, es un cambio justo y razonable.

—Si tengo que ser sincero, poca cosa más he hecho desde que estoy aquí. Me refiero a lo de hablar con las gaviotas. Vine en busca de inspiración para escribir mi segunda novela y aún estoy esperando a que me encuentre. No es que yo no hago nada para que vuelva a mí, es que —Miro el cielo azul sobre nosotros y un músculo de mi mandíbula se tensa—. La verdad es que me he rendido. Me he rendido sin plantar batalla, ¿estúpido, no crees?

Ella no levanta la mirada de nuestros pasos y, durante un rato caminamos en silencio, uno junto al otro, sin mirarnos: Ella con la vista clavada en la arena, rígida, esperando el momento en que el miedo de sus ojos se materialice. Y yo agradecido de poder disfrutar de este momento de distracción, de poder expresar en voz alta lo que no me atrevo a confesarme a mí mismo: que, tal vez, mi sueño de ser escritor es solo eso, un sueño; como tantos he tenido.

Al final me detengo y, durante una milésima de segundo, me parece detectar en su cuerpo una pauta de indecisión, cómo si no supiera exactamente qué debe hacer: ¿Pararse o seguir su camino?

Sigue su camino.

—Me ha encantado hablar contigo, de verdad —le digo a su espalda—. Si alguna vez sientes ganas de oírme hablar sobre mí estúpida carrera como escritor, ya sabes dónde encontrarme. En serio, piénsatelo, tampoco es que tenga nada mejor hacer, aparte de hablar con las gaviotas, claro.

Por la noche, Playa, sur.

Antes de conocer a Mario, solía imaginarme cómo sería la casa donde viviría cuando fuera una arquitecta famosa. Grande, moderna, con grandes ventanales del suelo al techo que darían al jardín, donde habría plantado rosales y algún que otro árbol. Sin embargo, la estancia que más visitaba en sueños era la sala: minimalista, con una gran chimenea de piedra en el centro.

Me gustaba verme sentada en el sofá o en la alfombra mientras bebía una copa de vino junto a mi brillante y sexy marido, oyendo el crepitar de los troncos. Era una imagen perfecta; idílica, de cómo sería mi vida.

Sólo que, ahora, frente a una chimenea que no es mía, no puedo acurrucarme en el sofá ni sentarme en la alfombra sin que la voz de Mario resuene en mi cabeza. Así que permanezco con los ojos abiertos y bebo directamente de la botella, tratando de olvidar su: la culpa es tuya. Al principio sólo era una broma, un juego. Ya sabes, si comiendo se manchaba la camisa o se le caía algo al suelo, me soltaba esta coletilla y yo refunfuñaba o reía; depende del humor del momento. En sus ojos aún había amor, al igual que en los míos. Sólo que, con el tiempo, él empezó a creer que de verdad yo tenía la culpa de cuanto le acontecía y él: «maldita sea, esto es culpa tuya», empezó a alargarse con descalificativos como zorra o estúpida. Insultos que cada vez me hacían sentir más insegura hasta llegar a creer que sí, que de algún modo, era culpa mía.

Era tanto su afán por hacerme sentir inferior, que no dudaba en menospreciar cada una de mis creencias. Como, cuando se burlaba de mi fe acerca de Dios, de la vida o sobre lo que debía ponerme para salir con él. Como, cuando me decía que estábamos mejor solos, que mis amigas eran unas putas celosas que lo único que querían era separarnos y que mi familia no sabía ver todo lo bueno que él hacía por mí. Como, cuando me señalaba los errores que yo cometía y me dejaba mensajes en el móvil para recordarme que no era capaz ni de plancharle una camisa. Pero lo que más me dolía eran sus silencios, sus miradas llenas de rabia y decepción. Sobre todo cuando

intentaba decirle, explicarle, que su comportamiento me hacía daño y él se retiraba a su despacho sin escucharme. Como si yo no fuera nada, nadie.

¿Qué haría si supiera dónde estoy? ¿Y si me viera pasear con el extraño que me sigue? Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y bebo un sorbo de vino caliente para borrar la pegajosa huella del miedo en mi piel. No quiero pensar en lo que sería capaz de hacer ni sentir cómo el miedo se apodera de mí hasta robarme el aliento. Prefiero evitar a ese desconocido. Salir a caminar por otros senderos, quedarme aquí, encerrada. Cualquier cosa que me mantenga a salvo.

Tercer día. Playa, en el pueblo.

Estoy sentado en la terraza de uno de los bares que hay en la plaza. Esta mañana he decidido cambiar el rumor del mar por el bullicio de la gente. Necesito distracción, pensamientos nuevos y, por más que encuentro interesante a la desconocida del chal rojo, sobre todo por la historia que esconden sus ojos, no es muy sano por mi parte esperarla sentado cuando lo más probable es que me evite. Después de todo, para ella, debo de ser el loco que le habla a las gaviotas.

Saboreo un primer trago de café y sonrío; perfecto, tal como me gusta, fuerte. Miro a unas jóvenes sentarse en la terraza de al lado y mis ojos se pierden en la piel expuesta que dejan al descubierto los pantalones tan cortos que llevan. Subo despacio la mirada hasta sus pechos y noto cómo mi cuerpo me recuerda que llevo siete meses sin sexo.

Inmediatamente escupo parte del café.

Espera, siete meses es lo que llevo en la casa de la playa. Exactamente, sin echar un polvo... Me atraganto con un segundo sorbo de café y toso. Ni yo mismo me lo creo. ¿Hace más de un año que estoy a dique seco?

Mierda, no sabía que estaba tan mal.

Ni que estaba mal. O tan mal.

¿Lo estoy?

A ver, no nos alarmemos. Es normal que no haya tenido sexo durante un año, tenía cosas más importantes en las que pensar como, por ejemplo, en si seré capaz de superarme y escribir un nuevo *bestseller*. Este tema es capaz de dejar impotente a cualquier hombre.

Joder, ¿he dicho impotente? ¿Ahora ya no se me levanta? Vuelvo a mirar a las chicas y, sí, noto que tengo ganas de sexo, pero que mi miembro no hace ningún esfuerzo por saludarme.

Lo que me faltaba.

Me termino el café, dejo la taza en el platillo sobre la mesa y vuelvo a mirarlas. Deben de creer que soy un pervertido, un treintañero que sueña con

acostarse con jovencitas y, visto el reciente descubrimiento, no deja de tener su gracia. Podría acercarme a ellas y decirles: «Me encantan vuestros cuerpos, en general, el de toda mujer. Y no, no sueño con acostarme con vosotras, sólo disfruto del paisaje. Y más ahora que mi masculinidad se ha declarado en baja indefinida».

En vez de esto, dejo el importe de la consumición en la mesa, me levanto y voy en busca de una librería. Necesito entretenerme, pensar en otras cosas, y qué mejor manera que leyendo algún libro interesante. Camino por las calles del pueblo mientras mi mente persiste en recordarme el gran fraude de escritor que soy. Que, una vez le diga a mi editor que no tengo ningún manuscrito que ofrecerle, todo se habrá terminado; justamente cuando cuesta tanto encontrar trabajo.

Abro la puerta de la librería y agradezco que el dueño tenga puesto el aire acondicionado.

—Buenos días, Pepe.

— ¿Todavía andas por aquí?—me responde éste desde detrás del mostrador—. Estaba convencido de que ya te habrías marchado.

—Estoy pensando en quedarme otros dos meses más.

— ¿Eso quiere decir que la novela va bien?

Sonrío, ¿qué puedo decirle? Cuando llegué a finales de diciembre no era tan agradable salir a pasear por la playa, así que me dedicaba a venir con cierta frecuencia al pueblo en busca de algún libro o historia que despertase en mí la necesidad de volver a escribir. Y, bueno, Pepe, el propietario de la librería, me reconoció y creyó que estaba escribiendo una nueva novela. Una media verdad que no vi ninguna necesidad de desmentir. Después de todo, es más fácil así. Por lo menos para mí.

Me acercó a la estantería de historia y reviso los títulos. Descarto algunos, otros leo la sinopsis pero ninguno consigue llamar mi atención hasta que saco uno sobre la antigua roma. Es un periodo de tiempo que siempre ha llamado mi atención y quizá ha llegado la hora de dejarse arrastrar por la curiosidad. Después de todo, y visto lo visto, no tengo nada mejor hacer.

Mediodía, playa sur.

Sol. Ardiente. Me humedezco los labios y dejo que el calor abrace mi cuerpo. Hace más de una hora que he salido a caminar y, la verdad, no tenía previsto alejarme tanto. Miro detrás de mí y solo veo una playa desierta, bordeada de lujosas casas. Giro la cabeza hacia a delante y más de lo mismo. ¿Cuánto he caminado? No lo sé, pero sí que necesito hidratarme, tanto por dentro como por fuera.

Dejo caer el chal sobre la arena, me quito el vestido y pongo las zapatillas encima de la ropa para impedir que una bocanada de aire la arrastre mar adentro. Llevo un traje de baño de esos antiguos, con volante en el pecho, que encontré en un cajón del armario de la habitación donde duermo. Lo he lavado a consciencia y me lo he puesto esta mañana, sin mirarme en el espejo. Todavía soy incapaz de verme desnuda, de aceptar que no merezco cada uno de los moratones que Mario dejó en mi piel. Puede que la marca de su decepción ya no esté en mí, pero el dolor y la humillación siguen bien presentes en mi vida. Como el miedo. Por eso me niego a oír su voz diciéndome que me estoy exhibiendo, que a quién quiero provocar, que para qué está aquí, conmigo, si lo único que hago es mostrarme para que me miren otros hombres.

Me acerco al agua y un escalofrío recorre mi cuerpo al creer sentir su mirada. Aprieto las manos en puños y doy un paso y otro y otro hasta que mis piernas se acostumbran a la fría temperatura del agua. Avanzo un poquito más, me pinzo la nariz con dos dedos y me sumerjo.

Algo dentro de mí se destensa.

Estoy viva, y lo sé porque mi cuerpo me pide salir a la superficie a respirar.

Y porque yo quiero obedecer a mi cuerpo.

Atardecer, playa norte.

Hace unos meses escuché en la radio a un locutor afirmar que, después de años, por fin había visto el escurridizo destello verde que aparece a la puesta o a la salida del sol. En ese momento no sabía a qué se refería, pero ahora estoy sentado frente al mar, esperando ver lo que casi nadie ha visto y que, según Wikipedia —lo he buscado—, es un fenómeno óptico atmosférico que ocurre poco después de la puesta de sol o antes de la salida de éste.

Otras fuentes, en cambio, afirman que solo lo pueden ver las personas enamoradas.

De ser así, está claro que hoy tampoco lo veré.

Para eso habríamos tenido que retroceder en el tiempo, a mis tiempos de universitario y de operario de fábrica, cuando salía con Laura, estudiante de veterinaria o con Carla, compañera del trabajo. La primera me dejó, decía que yo era demasiado impersonal con la vida; la segunda la dejé yo, era demasiado personal con la vida.

A parte de ellas, y como es lógico, he flirteado y tenido sexo en el baño de una discoteca con más de una desconocida, en mi cama o en la suya. Supongo que algo muy normal en alguien que sólo busca vivir. Sólo que ahora...

Ahora ni me planteo la posibilidad de enamorarme. Mis días y noches están consagrados a la escritura o a la falta de ella. A la desconsoladora sensación de fracaso que siento cada día al sentarme frente al ordenador y comprobar que sigo sin nada que decir.

Bajo la mirada hacia la arena y miro el libro que esta mañana he comprado y vuelvo a observar el horizonte, la cada vez más exigua línea de claridad. Estoy seguro de que lo que más extrañaré cuando me marche de este lugar serán las puestas de sol; la tranquilidad de este momento, el sentir que todo está bien, que, en realidad, nada importa.

Sonrío; ni yo mismo sé lo que me digo.

Vuelvo a posar la mirada en el horizonte y la sonrisa de mis labios

pierde fuerza. Me levanto, recojo el libro de la arena y le doy la espalda al mar. ¿Quién quiere ver un destello verde cuando no es capaz de sentarse a escribir una novela? Despacio, enfilo el camino hacia la casa de la playa y la cerveza que aún no me he tomado. Me apetece tumbarme en el sillón y perderme en las letras que otro ser humano ha sido capaz de tejer; de urdir en el telar de las inmensas posibilidades de la vida, como una vieja tejedora de dedos hábiles y ligeros.

De noche, playa, sur.

Sola y, aun así, nunca lo estoy. El miedo se ha convertido en una parte de mí y, aunque caminara en la más absoluta oscuridad, él seguiría existiendo. Así que clavo la vista en mis piernas sin saber adónde me llevan, solo con la necesidad de alejarme de las noches sin sueño, de las pesadillas y de los ansiolíticos que no quiero tomarme. De las tilas y valerianas que me esperan en la despensa de la cocina.

Camino sin pensar, solo contando en voz queda mis pasos: «treinta, treinta uno, treinta y dos, treinta y tres...». Cualquier cosa que rompa los recuerdos, el dolor, la humillación y la vergüenza, las preguntas sin respuesta y las respuestas sin preguntas. Cualquier cosa que me ayude a olvidar los moratones y las ganas de llorar y de gritar. La impotencia del que se sabe víctima y el dolor del que se siente traicionado. El millar de porqués y el silencio que los rodea.

Me abrazo y siento como el chal se tensa en mi espalda, rodeando mis hombros. Es de noche y el cielo está plagado de estrellas. Lo sé porque antes las he mirado, solo un momento, como si quisiera asegurarme de que seguían ahí, que nadie las había apagado. Ya hay bastante oscuridad en mi vida, y esta noche necesito que algo brille para mí.

Escucho el rumor de las olas, su suave vaivén, y algo en mi interior se calma. Es como una canción de cuna sin voz, una plegaria del alma. Sigo caminado, contando, despacio, sin prisa, después de todo no pretendo llegar a ningún lugar. Sólo es un huir de mi misma, de mis miedos y recuerdos. De la posibilidad de que Mario me encuentre y todo empiece otra vez y de que esta vez sea la última.

Sí, sé que debería de haber puesto una denuncia contra él la primera vez que me pegó, pero nunca tuve fe en la policía ni en el estado. Sinceramente, nunca creí que pudieran defenderme de él, después de todo, es abogado y trabaja en un bufete bastante famoso. Pero, en el fondo, lo que más temía era su represalia. No sabía qué pasaría conmigo una vez puesta, si

tendría que regresar a casa, a su malhumor, a su agresividad, a mi miedo. Y, aunque pensé en buscar información sobre el procedimiento a seguir, no podía informarme a través del móvil porque él lo controlaba. A veces se lo llevaba al trabajo y me dejaba encerrada en casa. Sola. Temiendo su regreso. Ansiando su regreso. Su amor.

Me paro y observo el mar, lo que logro ver de él. Cierro los ojos y me dejo acunar por su suave murmullo. Esta noche necesito una nana que me ayude a olvidar. Una melodía que sane las heridas de mi cuerpo y de mi alma.

Playa norte.

Me he sentado en el porche, con una cerveza en una mano y el libro que me he comprado esta mañana en la otra. Lo único que pretendía era relajarme, pero no creo que haya sido una buena idea. Vamos, no lo ha sido, de eso estoy seguro; es más, si sigo aquí mucho más tiempo, los mosquitos no tardarán en dejarme más seco que un cadáver expuesto al sol.

Dejo el botellín en el escalón y trato de ahuyentar el molesto zumbido que sobrevuela mi oído izquierdo desde hace más de cinco minutos, pero es de los insistentes. Así que decido terminar con su miserable vida. Cierro el libro para poder presentar batalla y me parece distinguir la difusa imagen de una mujer frente al mar.

Una ligera opresión se adueña de mi estómago.

¿Qué hace ella aquí?

Bebo un largo trago de cerveza y me planteo la posibilidad de levantarme y acercarme para saludarla, pero a mi miserable amigo le gusta mi inmovilidad y se pasea tranquilamente por mi pierna. Así que, en un pueril intento de asesinato, dejo caer mi mano sobre él mientras vuelvo a mirar a mi silenciosa vecina. Está claro que ha venido a este lugar en busca de soledad y, por lo menos, que uno de los dos consiga lo que ha venido a buscar.

Levanto el botellín y hago ademán de brindar a su salud, cuando se gira y me descubre.

No hace falta que me acerque para saber que el miedo se ha disparado en sus ojos, su manera de permanecer estática, mirándome, me lo dice todo. Bueno, yo no puedo hacer nada para tranquilizarla, lo único bajar la mano y sonreír. Si no fuera porque el condenado zumbido en mi oído izquierdo está a punto de volverme loco. Claro que ella no tiene por qué saberlo, es a mí a quien están dejando seco.

—Bonita noche para pasear, ¿no?—digo para romper el hielo.

Observo como baja la cabeza y mira sus pies. Bien, seguro que ahora es cuando se va.

No sé por qué insisto en hablar con ella cuando está claro que prefiere la soledad, pero, de perdidos al río, como dice mi madre.

—Me encantaría quedarme aquí a hablar un rato contigo sobre mí, pero tengo todo un enjambre de mosquitos sitiándome. Así que, al menos que tengas otros planes, me gustaría verte mañana a eso de las diez. ¿Te parece bien? —Y espero a que se marche, pero permanece en su metro cuadrado de arena, sin moverse; algo que me descoloca. Y mucho—. Ya sabes —balbuceo algo inseguro—. Necesito hablar de mi gran tragedia, desahogarme, y tú pareces ser de esa clase de personas que saben escuchar.

No dice nada, sólo me mira un segundo y después se va.

Cuarto día, playa norte. Ella.

¿Qué hago aquí?

No sé qué me pasó ayer, ni por qué mis piernas me llevaron hasta este punto de la playa ni por qué me quedé paralizada ante el desconocido que insiste en hablarme. Posiblemente porque me sorprendió verlo a esas tardías horas, bebiendo, peleando con los mosquitos. Pero eso no explica por qué hoy estoy sentada en la arena, a un metro de él.

Miro la inmensidad ante mí, el mar oscuro y revuelto, y un escalofrío recorre mi espalda.

Así como tampoco logro entender por qué me arriesgo a provocar a Mario comportándome de esta manera. Aunque me gustaría pensar que, quizá, es porque a pesar de mis miedos e inseguridades necesito algo de distracción; algo que me devuelva la alegría.

Dejo que una lengua caliente de viento acaricie la piel de mis brazos, antes de ceñirme el chal a los hombros. Hace unos diez minutos que observamos el mar en silencio y, a pesar de que a una parte de mí le gustaría mirarlo a él, no lo hago por temor a que vea en mí lo mismo que Mario veía: a un ser torpe y tonto, incapaz de hacer algo bien; alguien a quien debían de recordarle en todo momento lo estúpido que es.

Y tal vez lo soy, y por eso estoy aquí, esperando a que hable.

Me rodeo las piernas con los brazos, apoyo la barbilla en las rodillas y cierro los ojos. No quiero pensar, sólo evadirme y convertirme en otra persona; en alguien fuerte y seguro, a quien no puedan volver a herir nunca más.

Playa norte. Él.

Me encantaría quitarme la camiseta, estirarme sobre la toalla y achicharrarme bajo el sol, pero me entretengo más de lo que podría ser simple curiosidad mirando a mi silenciosa compañera. He de confesar que no esperaba verla esta mañana. De algún modo estaba convencido de que haría lo imposible por evitarme. Así que imagina mi sorpresa cuando esta mañana se ha sentado a unos metros de mí.

Lleva el cabello suelto y, durante un minuto demasiado largo, me pierdo en el mechón que el viento mece dócilmente ante su rostro. Parecen hebras de plata bailando al sol. Recorro con los ojos su perfil, el ceño arrugado, las leves ojeras bajo sus ojos, sus labios entreabiertos, suaves y cálidos. Dejo que mi vista se deslice hacia su cuello y su espalda, justo cuando una bocanada de aire caliente barre la arena y juega con los flecos del chal.

Siento la necesidad de preguntarle por qué lo lleva, hasta entreabro los labios para hacerlo, pero no quiero romper este silencio. No ahora que puedo mirarla sin temor a despertar su miedo.

Así que sigo mi exploración hasta detenerme en sus piernas, el bajo de su vestido hasta las rodillas y mi imaginación un poco más arriba. Y sigue subiendo, como el calor de mi cuerpo y, aunque, debería de pensar en otra cosa si quiero poder levantarme después sin ponerme en evidencia, mi mente viaja sola, sin gobernante ni timonel, sin rumbo definido; sólo con la necesidad de reafirmarse como hombre.

Sueña y navega por tersos mares de piel, donde mi mano es el barco y mis dedos la tripulación que ansía pisar tierra firme después de un año en altamar. Fantasea con una playa solitaria, con la huella que mis dedos dejarán sobre la arena antes de encontrar la cueva del tesoro. Tanto que se ve explorando suaves valles mientras anhela saborear la sal del mar en los labios, hasta que noto cómo una parte de mi cuerpo empieza a reafirmarse y decido regresar a la seguridad del barco y virar hacia tierra seca. Donde no

haya palmeras ni cocos ni cremas bronceadoras ni tentaciones. Donde pueda mirar el horizonte y sentir que... qué.

La realidad me golpea donde más me duele y todo vuelve a la normalidad. Cero ilusión. Cero tentación. Cero todo. Me estiro sobre la toalla y me cubro los ojos con un brazo. Vuelvo a ser consciente de mi situación.

Quizá debería de romper este silencio y explayarme en mi desgracia. Después de todo, para esto estamos aquí, ¿no?

Suena bien. A terapia. A paciente echado en el sillón y a psicólogo sentado con un bloc de notas sobre las rodillas. Puede que sea lo que necesito en este momento.

—No sé por dónde empezar. —Mi voz suena hueca, carente de emoción. Perdida. Como yo—. Nunca pensé que quería ser escritor. De pequeño me gustaba leer, sobre todo novelas de aventuras y comics. Pero mis ilusiones pasaban por otras profesiones. Desde astronauta a bombero. Aunque lo de bombero fue sólo una etapa, cuando estaba en la universidad y veía a las chicas enamoradas de los uniformes. —Pausa—. La verdad es que quería ser cualquier cosa menos médico, que es lo que estaba estudiando. —Sonrío, no puedo evitarlo—. No soporto la sangre ni las enfermedades.

Mi sonrisa permanece en mis labios, hasta que me los humedezco con la lengua. Hace tanto calor que, si no fuera por el temor a que mi psicóloga me abandone a media sesión, me levantaría y sacaría un par de cervezas de la nevera. Así que prosigo mi monólogo.

—Dejé la carrera, la universidad y busqué trabajo. No tenía ninguna inspiración acerca de mi futuro ni qué quería ser. Creo que sencillamente quería vivir. Pero, para hacerlo, necesitaba dinero. Así que busqué trabajo y entré a trabajar en una fábrica de automóviles. —Levanto el otro brazo, me cubro los ojos con los dos y siento cómo el viento levanta un poco mi camiseta—. Trabajé diez años hasta que empezaron los despidos. Mi despido.

El silencio se alarga entre los dos, sólo lo rompe el rumor del mar y el de las gaviotas. Es tal la sensación de quietud que me rodea, que no me extrañaría comprobar que realmente estoy solo; que mi amiga silenciosa se ha largado en busca de alguna alma más atractiva y valiente a la que escuchar.

—Volví a casa de mis padres y escribí un libro sobre cómo yo entendía la vida y triunfé. —La sonrisa regresa a mis labios, solo que esta vez más cínica, irónica—. Se convirtió en un *bestseller* y yo en un hombre famoso. Me hicieron un montón de entrevistas, fui a las ferias más importantes de

libros y firmé ejemplares de mi novela. Hice todo lo que mi editorial me decía que debía hacer, hasta que llegó la hora de escribir otro libro y descubrí que no tenía nada a decir.

El silencio regresa, esta vez, por eso, más corto.

—La verdad es que me da miedo no poder superarme. No superar a Alejandro Román. Ser, simplemente, yo.

Playa norte. Ella.

Una cálida bocanada de viento barre la playa cuando abro los ojos y giro la cabeza hacia él.

Ha sido una reacción espontánea. Una necesidad más fuerte que mi miedo. Tal vez por el tono de su voz: en parte carente de emoción, seca, como quien explica algo que no le pasa a él. Y, sin embargo, sé que le duele. Lo veo en cómo se cubre los ojos y aprieta la mandíbula; en cómo respira profundo y suelta el aire por la boca.

Puedo entenderlo, así como su dolor y frustración. Yo he perdido algunos sueños por el camino. Bastantes, diría. Vuelvo a mirar al frente y dejo que mis pensamientos se disuelvan un momento en el interminable vaivén de las olas. En su hipnótico movimiento. Después deslizo mi atención hacia la arena, hacia mis rodillas y mi silencio y, finalmente, otra vez hacia él.

Recorro con la mirada la barba de dos días que cubre su mandíbula, su boca de labios delgados y firmes; su cuello, sus hombros y la fina línea de vello que se pierde en el bajo de sus pantalones cortos cuando una ráfaga de viento le levanta la camiseta.

Quisiera decirte que aparto la mirada con rapidez, pero estaría mintiendo. Al contrario, siento cómo si una parte de mí se estuviera rebelando contra una vieja imposición y sigo mirando su piel bronceada. Sin embargo, la culpabilidad se aposenta de golpe en mi estómago. Con fuerza. Con saña. Como si quisiera castigarme por mirar a otro hombre que no es mi marido.

Un sentimiento que arrastra tras de sí el miedo a ser castigada. Aprieto los brazos en torno a mis piernas y trato de recobrar la calma, pero cada vez me cuesta más respirar.

«Tranquila, no pasa nada, me digo, estás a salvo, Mario no está aquí y ya no puede hacerte daño».

Cierro los ojos, respiro profundo y suelto el aire despacio... Una vez, dos y tres veces. Y, aunque el miedo aún circula por mis venas, sé que debo enfrentarme a él si quiero llegar a superarlo; que debo dejar que exista para

que pierda su poder sobre mí.

—Me gradué con mis amigas en arquitectura. Me apasionaba la idea de crear algo en un espacio vacío e imaginarme qué clase de vida llevarían las personas que habitasen en él. Siempre creí que serían felices. —Hago una leve pausa, insegura de poder continuar al sentir cómo una nube de lágrimas sube por mi garganta—. Me hubiera encantado vivir en uno de los apartamentos que diseñé. Creí, estaba segura de que lo haría cuando me casará, sin embargo, Mario me convenció de irnos a vivir a su piso; así no tendríamos que pagar ninguna hipoteca y podríamos ahorrar para comprarnos una casa. —Cierro los ojos y apoyo el mentón en las rodillas, necesito refugiarme en algún sitio donde me sienta segura y, ahora mismo, estoy al descubierto—. Quizá por eso no fui feliz, porque en vez de diseñar mi hogar, dejé que otro lo hiciera por mí.

Noto cómo el viento acaricia la huella que dejan las lágrimas al deslizarse por mis mejillas; suave, sofocante por las altas temperaturas, e intento controlar el temblor de mi voz. Que no se note tanto lo que me duele.

—Al principio todo iba bien, creo que éramos felices, que él lo era. Lo que no sé es en qué momento empezó a desenamorarse de mí, ni cuándo empezó a molestarle todo lo que yo hacía. —Mi voz se rompe y yo con ella. Me tapo la boca con una mano para ahogar el sollozo que escapa de mi boca, pero ya es demasiado tarde para silenciarlo—. No lo sé, de verdad que no lo sé, ni por qué me empujaba como si yo le repeliera, ni por qué me pegó la primera vez. Y quisiera saberlo, en serio, necesito saberlo, porque tengo que haber hecho algo muy malo para que él...

El mundo se para de golpe.

Todo en mi interior se detiene y sólo queda encendida una luz roja de peligro.

No me atrevo a moverme, ni a hablar ni a respirar, mi cuerpo está preparado para suplicar y rogar cuando llegue el dolor, la humillación. Espero conteniendo las lágrimas mientras el temor a ser castigada de nuevo y la culpa por haber hablado corre por mis venas. Pero sólo noto su cuerpo junto al mío.

Playa norte. Él.

Por un instante, dejan de existir el mar y el graznido de las gaviotas y el sol. Sólo soy capaz de oír su trémula voz rota por las lágrimas y el sentimiento de impotencia que me recorre el cuerpo al ser consciente de no poder hacer nada por consolarla.

A ver, no me entiendas mal, no soy tonto, sé que existe el machismo y la violencia de género, la televisión nos lo recuerda con más frecuencia de lo que nos gustaría a todos. Pero es sólo una noticia, triste, real, ajena a nuestro entorno.

Una imagen en una pantalla de la fachada de un edificio, de vecinos afirmando que hacían una pareja encantadora, que nunca sospecharon nada; aunque el sentido común nos diga que los gritos suelen traspasar las paredes y que los moratones y el miedo no siempre son fáciles de esconder.

Somos una sociedad abierta que camina con los ojos cerrados, que exige libertad pero que es permisiva con aquello que nos mata como sociedad y que, como yo en este momento, pierde su fuerza tras las buenas intenciones.

Me levanto y me siento a su lado, tanto que nuestros cuerpos se rozan y su voz se apaga en el silencio del miedo. Me gustaría rodearla con mis brazos y susurrarle la verdad: que algunos hombres aún viven en la prehistoria y creen que las mujeres con las que se casaron les pertenecen. Que, de alguna absurda manera, se creen superiores a ellas, cuando la violencia que emplean para demostrarlo, ya sea física o verbal, los deshumaniza hasta el extremo de convertirlos en monstruos. En asesinos. Y que ella sólo ha tenido la mala suerte de tropezarse con uno de ellos. Que no tiene la culpa de nada, de nada.

Sin embargo, durante unos eternos segundos, permanezco en silencio sin saber cómo expresarme. Es difícil hablar con alguien sobre este tema y más si este alguien es una desconocida.

—Un día de estos deberíamos intentar hacer surf; ya sabes, para caer y volver a levantarnos. Seguro que nos reiríamos bastante. —Vaya, esto no era lo que pensaba decirle, más bien iba por el camino de que algunos hombres

olvidan que el amor es entrega y no sumisión.

—La verdad es que no sé qué manía me ha cogido con esto del surf. Tengo o debería de estar pensando en escribir mi novela, ya sabes, hacer por lo menos el esfuerzo de sentarme ante el ordenador y empezar a teclear lo que fuera. Una vez leí no sé dónde que la mejor manera de romper la maldición de la página en blanco, es teclear cualquier cosa que se te pase por la cabeza. Pero creo que si lo intentara solo pensaría en cómo sería navegar sobre las olas.

Permanecemos un rato en silencio, perdidos en nuestros propios mundos; aun cuando mi cuerpo está atento a cada leve señal que percibe de ella.

Me encantaría afirmar que el miedo por mi cercanía ha desaparecido por completo de su cuerpo, pero vamos a ser realistas, tampoco he hecho nada para merecer su confianza, solo le he soltado un sermón sobre mi problema. De todos modos, y desde que he roto el espacio que nos separaba, me atrevo a mirarla y nuestros ojos se cruzan.

Sólo durante un momento.

Sólo durante un segundo.

Empero, suficiente para saber que tiene unos ojos preciosos, almendrados, de un verde bosque después de la lluvia.

Observo otra vez el mar y, poco a poco, el graznido de las gaviotas vuelve a sobrevolarnos.

Playa norte. Ella.

De repente, noto que un gran cansancio me invade, como si alguien hubiera abierto una compuerta en mi cuerpo y dejado caer encima de mis huesos una tonelada de cemento. Me gustaría poder cerrar los ojos y dejar de pensar. Borrar todas las malas palabras y gestos que Mario ha tatuado en mi piel y ser capaz de relajarme. Pero una parte de mí se mantiene alerta; tensa, a la espera del golpe que me devolverá a la realidad.

Espero lo que me parece una eternidad el miedo, el encogerme sobre el piso de la cocina para protegerme de los golpes y mis: «¡*Por favor, para, me haces daño!*», pero mis labios permanecen cerrados y el viento acaricia mi piel. Así que, despacio, lo miro de reojo y nuestras miradas se encuentran por primera vez.

Marrones. Tiene los ojos marrones. Oscuros. Tanto que a veces deben parecer negros. Y, aunque parezca increíble, él es el primero en apartar la mirada.

¿Qué ha visto en mí: dolor, miedo, o lo que Mario ve cada vez que me mira? ¿A un ser decepcionante, patoso y estúpido?

Aprieto los labios para no gritar y acabo mordiéndome la lengua. Por algún motivo que desconozco no quiero que él piense lo mismo que mi marido. Quiero que me vea diferente, que me mire y vea a la mujer que soy, si bien, yo sea incapaz de verme como tal.

—Alejandro Román. —Es su voz, algo ronca, muy poco, y aunque sigue sin mirarme, su boca se tuerce en una leve sonrisa de ironía—. Ese soy yo, o alguna vez lo fui.

Por primera vez desde que he pisado esta playa, me relajo; no soy la única que necesita que alguien le vea y le reconozca como tal.

—Lucía, y no quiero serlo nunca más.

Por la noche, playa norte.

He organizado una fiesta.

Con esto no quiero decir que haya contratado a una banda de mariachis ni que vaya a colgar banderitas por toda la casa, ni a preparar litros de mojito. Vamos, que Lucia es mi única invitada; ella y los mosquitos que decidan sumarse a la fiesta. Y si tengo en cuenta los que se congregaron la última vez que se me ocurrió tomarme una cerveza en el porche de noche, deduzco que serán unos cuantos.

Observo mi rostro en el espejo del baño y sonrió. Creo que ha sido una gran idea celebrar esta fiesta. Será nuestro bautizo; así lo hemos decidido esta mañana: Yo volveré a ser Alejandro Román, el escritor superventas, y ella una nueva Lucia.

O por lo menos fingiremos serlo esta noche.

Es lo que hemos acordado.

Me echo unas gotas de perfume en el cuello y me pongo una camiseta blanca. Miro mi imagen en el espejo y no puedo dejar de sonreír. No estoy mal, al contrario, muy bien.

Y no, no me he arreglado para ella, soy consciente de que no va a pasar nada entre nosotros y que muy probablemente nunca pase, mi mundo ya está bastante patas arriba como para complicarlo involucrándome con una mujer casada, pero ya que voy a reencontrarme con mi viejo yo, espero causarle una buena impresión. Hasta, quizá, mi musa también se deje caer hoy por aquí y decida quedarse.

Bajo a la cocina y me aseguro de tener varias latas de cerveza en la nevera. Seis. Creo que son suficientes. Abro el armario de arriba y saco una bolsa de patatas fritas. Compruebo la hora en mi reloj de pulsera —faltan cinco minutos para las nueve—, y decido poner algo de música suave. Estoy seguro de que a *mis compadres*, los mosquitos, les gustará.

Cojo una lata de las seis y salgo al porche. La noche es perfecta. Aunque, claro, aún hay luz. Tendremos que esperar a que oscurezca para

rebautizarnos. Me apoyo en la baranda de madera y observo a lo lejos la figura que se acerca por la playa. Es ella, estoy seguro. Quizá por su forma de caminar, abstraída con el vaivén de las olas mientras la brisa juega con su vestido blanco, pegándolo al cuerpo.

Es una imagen etérea, femenina, cálida, que despierta al hombre de las cavernas que duerme en mi interior y que me impulsa a querer destrozarle la cara a su marido. Algo que, sin duda, no habla muy bien de mí.

Quito la anilla de la lata y logro beber un sorbo sin mancharme.

—A tu salud —susurro a mi parte primitiva.

La sigo con la vista, bebiendo algún que otro sorbo, hasta que una leve sonrisa se apodera de mis labios cuando veo que se acerca y distingo el brillo de sus ojos; la inseguridad que le causo y que le hace morderse el labio inferior.

— ¿Te apetece una cerveza?

Un instante de silencio, de duda, de miedo, de no saber qué es lo que quiere y de, si lo que quiere, puede hacerle daño.

—Sí, gracias.

—Bien —susurro notando cómo algo se destensa en mi pecho—. Recuerda que hoy nace una nueva Lucia, y que esta nueva Lucia es dueña de sus decisiones.

Sonríe, tímida, y a mí se me para un instante el corazón.

Nervioso, y sin saber exactamente por qué, entro en la casa a por su cerveza.

Play norte. Ella.

Nos sentamos, yo un escalón más arriba que él, y el silencio se apodera de nuestras gargantas. Somos dos extraños que han decidido compartir sus problemas con un desconocido. Buscar un poco de comprensión en el anonimato. Sentirse persona, respirar con menos presión.

Bajo la mirada hacia mis manos al sentir cómo las gotas de agua condensada de la lata se deslizan entre mis dedos y evito pensar en Mario, en esa parte de mí que aún teme su castigo por haberle abandonado y por estar a solas con un desconocido.

Abro la lata, me humedezco los labios y bosquejo lo que podría considerarse una sonrisa. Hace más de dos años que no saboreo una cerveza. A Mario le parecía demasiado vulgar y en casa sólo había vino. Aunque yo apenas si lo probaba. Mario decía que yo era demasiado inculta para saber apreciarlo. Así que solía beber agua.

La sonrisa se amplía en mis labios al beber otro sorbo; esta vez más largo. Y un tercero. Y un cuarto. Y un quinto. No me importa emborracharme. No esta noche. No ahora, cuando he decidido borrar el miedo que él me inspira y su recuerdo a base de llevarle la contraria. Soy una nueva Lucia, y esta nueva Lucia no conoce el miedo.

— ¿Cómo... cómo lo vamos hacer?—le pregunto a mi silencioso desconocido.

Él me mira por encima del hombro y veo el brillo en sus ojos.

— ¿Hacer qué?

Por un momento no entiendo su respuesta, después de todo se supone que estamos aquí para rebautizarnos, pero, poco a poco, sus palabras y su tono divertido empiezan a adquirir otro cariz. El rubor se adueña por completo de mis mejillas.

—Me refiero a..., ya sabes, a ser otra Lucia.

Vuelve a mirar al frente y apoya los codos en el escalón donde yo estoy sentada.

—Pensaba que podríamos bañarnos cuando oscureciera del todo.

Mi mirada se pierde en el horizonte, en la línea anaranjada que separa el mar del cielo. La tierra del infinito. El miedo del valor. Y, a pesar de estar segura de que no es buena idea, mis labios no dejan de sonreír. Ellos ya han dejado de pertenecer a la antigua Lucia y ya sólo aspiran a encontrar alguien digno de su valentía, donde poder quedarse.

Quizá esta noche lo encuentren.

Quizá.

Pero, por si acaso, bebo mi sexto sorbo de cerveza.

Playa norte. Él.

He entrado a por otras dos latas. Tanto Lucia como yo necesitamos seguir hidratándonos a base de cerveza. Abro la nevera, las cojo y una punzada de ves a saber qué, medio remordimiento medio culpa, me hace apretar la mandíbula al recordar mi comentario y el sonrojo que le he causado. Bueno, si tengo que ser totalmente sincero contigo, no niego que me ha gustado ver que es capaz de aceptar una broma y no huir, pero hay otra parte de mí que no deja de fastidiarme. Tal vez la que cree que, por ser ella una víctima de género, tengo que tratarla como si fuera de cristal, cuidar cada gesto o palabra que hago o digo para no asustarla.

Cierro la nevera y maldigo en silencio.

La verdad es que no sé qué debo hacer ni cómo comportarme.

Salgo al porche, miro la fiesta que se han montado los mosquitos alrededor de la bombilla y de Lucia, y apago la luz.

Me siento en el mismo escalón de antes, le paso su cerveza, abro la mía y bebo un trago. La noche es tranquila, relajante, tanto que el silencio vuelve a apoderarse de nosotros. Solo que esta vez no pesa tanto y me es más fácil romperlo.

—No me gusta la playa. —Si, bueno, no me preguntes, ya sabes que mi boca se disocia de mi mente muy a menudo—. Quiero decir en general, vamos. Nunca he sentido ninguna especie de atracción hacia el mar.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Buena pregunta, sí, señor.

—La verdad, no tengo ni la más remota idea.

Y mis labios empiezan a curvarse hasta que me oigo reír y ella me sigue.

Al principio, su risa es tan suave que creo estar imaginándomela, pero al mirarla y ver cómo entrecierra los ojos y se seca una lágrima; al oír cómo nuestras risas ganan profundidad...

—¿Qué te parece si brindamos por las malas decisiones?—Es decirlo

y arrepentirme de haber propuesto el brindis. No quiero que piense en su marido, no esta noche, ni que crea que es la culpable de lo que le ha sucedido. Pero el mal ya está hecho, lo veo en sus ojos, en cómo el miedo regresa a ellos y cierra el puño en el regazo para esconder el leve temblor que se ha apoderado de su corazón.

Playa norte, ella.

Una bomba de miedo estalla en mi cabeza.

Sé que es un ataque de ansiedad, pero no por eso deja de ser real.

Cierro los ojos y trato de ver el miedo desde afuera, como si yo sólo fuera un espectador. Dejo de pensar, de sentir, y me dedico a observarlo. Es una técnica que aprendí practicando meditación junto a mi amiga, Clara. De esto ya hace unos años, cuando aún era libre de ir y venir sin tener que rendir cuentas a nadie. Cuando la libertad era un derecho de nacimiento y me sentía fuerte y segura. Cuando me gustaba arreglarme y cuidarme y sabía divertirme con mis amigas y soñaba con un futuro prometedor.

Cuando defendía a ultranza mi derecho a opinar sobre cualquier tema, sin importarme las palabras que empleaba en mí crítica. Ahora, en cambio, sé que libertad no es poder decir lo que uno quiera cuando quiere, sé que las palabras hieren igual o más que los gestos y que nunca, jamás, vigilé lo que salía de mi boca.

Y también sé, aunque me cuesta aceptar que me haya pasado, que si permito que alguien me lastime una vez, seguramente lo hará una segunda y una tercera y una cuarta..., hasta que termine con mi libertad; con mis ilusiones y mi vida. Y más si ese alguien es tu pareja, la persona a la que amas y a la que le has entregado tu corazón, entonces el dolor será mayor y mortal para tu alma.

Por eso no puedo entender por qué dejé que me maltratase tanto física como mentalmente. Por qué me rendí y acepté todo lo que él me decía. Por qué acepte verme y sentirme inferior solo por complacerlo. Por qué le di todo y, a cambio, sólo recibí desprecio e humillación.

Y por qué entendí que eso era amor, y que era lo que yo merecía.

Playa norte. Él.

Echo la cabeza hacia atrás y bebo un par de sorbos. Es la única manera que tengo para no maldecirme por mi último comentario. Sé que en algún momento ella tendrá que enfrentarse a sus miedos mirándolos a la cara, pero no soy ningún psiquiatra ni terapeuta ni... ¡Mierda! Me inclino hacia delante, apoyo los brazos en las rodillas y observo la noche. Quietud. Esa es la primera palabra que me viene a la mente. Sólo que mi cuerpo aún no ha captado esa sensación, más bien al contrario, y se debate entre un mar de preguntas y frustraciones.

—Si pudieras ser otra persona, ¿quién serías?—Hago una pausa, observo el firmamento salpicado de estrellas, y continuo—. Quiero decir, si pudieras ser alguien a quien admiras.

—No lo sé —titubea—, nunca me lo he replanteado.

—A mí me gustaría ser Elizabeth Gilbert. ¿No crees que sería una mujer muy atractiva?

Durante un segundo, dos, tres, no dice nada, así que me giro para mirarla y sólo puedo tragar saliva cuando nuestros ojos se encuentran y veo cómo se muerde el labio para contener una sonrisa.

—Y ¿por qué quieres ser una mujer?

—Por su filosofía.

Veo cómo ladea levemente la cabeza hacia la izquierda, y la tensión del chal disminuye hasta dejar sus hombros al descubierto. El nacimiento de su cuello. Esa parte tan erógena que me encanta besar en una mujer. Sí, lo sé, no debería de fijarme en estos detalles, pero que quieres, soy un hombre que está con una mujer espectacular en la playa y de noche.

—Hace unos meses leí un libro que había escrito ella sobre el ser creativo y me enamoré de cada una de sus palabras. Desprendía tanta pasión por la vida, por la escritura que me encantaría poder ser como ella.

—¿Lo añoras? Quiero decir, ¿extrañas escribir?

—No lo sé, supongo que sí. Es lo primero que se me da bien en la

vida.

Permanecemos en silencio un instante, unos minutos, unas horas, realmente soy incapaz de saberlo; sólo que ya estoy cansado de sentirme así, de sentir que soy un fracasado, un inútil que a sus treinta y cinco años aún no sabe qué quiere hacer en la vida ni para qué vale. Así que me levanto, dejo la lata en la arena y le tiendo una mano.

—Ha llegado la hora, ¿estás preparada para ser una nueva Lucia?

La veo vacilar, el miedo bailar en sus ojos, pero también cómo se levanta y deposita su mano en la mía. Sonríe, con reservas, con temor, al igual que yo, somos dos almas que esperan encontrarse esta noche.

Playa norte. Ella.

Tiemblo al sentir cómo sus dedos se cierran alrededor de mi mano y la aprietan con suavidad. Tengo miedo de que vuelvan a herirme, a equivocarme de nuevo. Sin embargo, si quiero ser una nueva Lucia tengo que dar este paso; aunque me sea muy difícil volver a confiar en otro hombre.

Caminamos hacia la orilla y dejamos que las olas borren las huellas que imprimimos sobre la arena. Poder ser testigo de una noche así es todo un privilegio. Y no me refiero a lo que vamos hacer, sino a la majestuosidad que se alza por encima de nosotros: el firmamento y sus amantes las estrellas.

Lo miro de reojo, cohibida, insegura, sin saber qué viene a continuación.

— ¿Qué te parece si decimos lo que queremos dejar atrás, nos quitamos la ropa y nos metemos en el agua?—me pregunta sin soltarme la mano.

—Está bien—aunque aparto la mirada para que no vea mi indecisión ni los recuerdos que intentan salir a flote; lo que le molestaba a Mario verme en bikini porque decía que me lo ponía para exhibirme ante otros hombres.

Claro que esta noche no llevo ningún bikini.

Me suelto de su mano, camino un par de pasos hacia delante y respiro hondo para darme valor.

—No quiero volver a pasar miedo nunca más. —Y dejo caer el chal sobre la arena—. No quiero que ningún hombre vuelva a humillarme. —Me desabrocho el vestido y siento cómo se desliza por mi cuerpo hasta enredarse entre mis pies—. Ni que me pegue. —Me quito la última prenda: mis braguitas, y grito—: No volveré a permitirlo. Soy una mujer libre. Soy una nueva Lucia.

Y sin más, me meto en el agua.

Playa norte. Él.

¡Joder, esta vez hasta yo me he asustado!

Y no me refiero a verla desnuda, sino a la reacción de mi cuerpo.

Vamos, soy plenamente consciente de que llevo más de un año a dique seco y que no salgo a navegar ni si quisiera con mi mano —ya de por sí bastante penoso—, así que imagina mi sorpresa al sentir cómo mi miembro se levanta vigoroso bajo mis pantalones y empieza a gritar: «Aquí, aquí, mírame».

Virgen Santa, ¿qué hago? Porque hasta donde yo tengo entendido estoy deprimido y, como tal, mi cuerpo también tiene que estarlo. Cero emoción. Cero sexo. Solo yo con mi cerveza y mis penas. Claro que ahora la teoría no me sirve de mucho; más bien de nada. La miro hundirse en el agua y aprovecho para tocarme por encima de los pantalones la erección. Y con tocar quiero decir cerciorarme de que es tan monstruosa como parece.

Pues sí, sí que lo es.

¡Mierda!

Espero a que salga del agua y se abraze para ocultar la desnudez de sus pechos perfectos y me mire: un pacto es un pacto.

—Sí, supongo que me toca —murmuro de malhumor, quitándome la camiseta—. Soy Alejandro Román. —Me desabrocho el botón del pantalón, deslizo la cremallera hacia abajo y me los quito—. Y quiero volver a escribir otro bestseller. ¡Qué coño! Quiero escribir cien. —Me deshago de mis calzoncillos y corro hacia el agua, convencido de que cuando salga ya no estará. Después de todo, no creo que ver un hombre empalmado zambullirse en la negrura sea una imagen muy agradable para ella. Y más ahora, que debe de odiar a todos los hombres.

Y al pensarlo, noto claramente cómo mi miembro se deprime hasta desaparecer.

Salgo del mar, me paso una mano por el cabello para impedir que más gotas caigan sobre mi rostro y Lucia me mira. Primero a mí, y luego baja los

ojos por mi cuerpo hasta llegar a mi pene que, milagrosamente, vuelve a cobrar vida.

Nos miramos un momento, luego ella asiente con la cabeza, recoge su vestido y se va.

Y yo sigo empalmado.

Tanto que estoy seguro de que esta noche mi mano va a romper su depresión.

Playa Sur.

Me llamo Lucia, tengo 28 años y soy una víctima de violencia de género.

Mi marido, al año de casados, empezó a utilizar la coletilla «es por tu culpa» y yo lo encontré inofensivo y, hasta, en según qué momento divertido.

A los pocos meses su vocabulario se enriqueció con descalificativos tales como: «¿Es que no puedes hacer nada bien, ni aunque sea por una vez?» «¿Tal difícil es planchar una camisa sin que quede una arruga?» «¡Esto es incomible! Podrías esmerarte un poco más, joder». «No sabes nada sobre el tema y te atreves a opinar. Guárdate tus opiniones si no quieres hacer el ridículo delante de mis amigos». «Deja de ponerte bikinis cada vez que vamos a la playa, pareces una perra en celo».

Luego vinieron los comentarios despectivos contra mi jefe y todos los hombres con los que me relacionaba en el trabajo; en la calle.

Poco después, la emprendió con mis amigas y mi familia, a los que dejé de ver para no pelearme con él y me dediqué a ser feliz. Sabía cómo enamorarme, qué regalarme, que decirme y cómo hacerme el amor. Mi matrimonio iba bien hasta que, a los tres años de casados, me empujó, fue por mi culpa. Él estaba nervioso porque yo no conseguía quedarme en estado. Así que abandoné el trabajo para dedicarme a lo único que le importaba: tener un hijo.

A la semana volvió a empujarme, solo que esta vez más fuerte. Y yo no hice nada por protegerme. No era necesario que lo hiciera, seguía teniendo la culpa por ser una mala esposa.

A los cuatro años empezó a llevarse mi móvil al trabajo y a controlar cada uno de mis pasos. Fue cuando me pegó por primera vez, y yo no hice nada por protegerme. No podía, estaba convencida de que me merecía el golpe por ser una pésima mujer y no haberle dado el hijo que tanto deseaba.

Cinco meses después, el hombre con el que me casé, el mismo que prometió cuidarme y honrarme, me pegó salvajemente y yo me hice un ovillo en el suelo de la cocina sollozando: «Para, para, me haces daño. Por favor,

para». Es cuanto hice por protegerme.

La segunda vez hui.

Sí, sé que a estas alturas te estarás preguntando por qué no lo abandoné antes; verás, no es tan sencillo. Lo que más me cuesta no es aceptar que soy una víctima de violencia de género sino que yo no merecía cada uno de sus castigos.

Séptimo día. Playa norte.

He comprado una caja de preservativos. Doce, para ser exactos. Creo que para empezar tendremos bastantes. Claro, si hay un empezar. Con esto quiero decir que ya han pasado dos días desde que Lucia y yo nos bañamos de noche para reinventarnos, y aún no se ha dejado caer por aquí. Mis únicos amigos son los mosquitos, a los que he empezado a bautizar. Tengo un Pancho, un Rodríguez y hasta a una Claudia, y varios muertos a los que velar.

Me limpio con el bajo de la camiseta la sangre que ha dejado en mi pierna mi última víctima, un tal Juárez, y bebo un trago de cerveza a su salud; después de todo, lo he matado tras una larga y tenaz persecución.

Observó la noche, el reflejo de la luna sobre el mar, y su nombre regresa a mí.

Lucia.

Me gusta cómo suena en mi imaginación.

Y cómo sonrío cuando lo pronuncio.

Deslizo la vista hacia el punto por dónde siempre la he visto venir e irse y nada. Siento cómo algo dentro de mí se desinfla, y no tiene nada que ver con los preservativos. Es más bien la sensación de un globo lleno de esperanza, al que han pinchado.

Ya empieza a cansarme tanta soledad.

Playa sur.

—Si te digo que lo he conocido, es que lo he conocido —le digo a mi amiga Clara por el teléfono que hay en la salita, donde me he sentado junto a la ventana. Bebo un sorbo de té y observo la playa a través del cristal—: La otra noche hasta nos bañamos en el mar.

Se hace un paréntesis, en el que puedo verla perfectamente en mi mente abriendo los ojos de par en par mientras trata de asimilar lo que le digo. ¡Y no me extraña! Debe pensar que me he vuelto loca.

—No pienses mal, solo nos metimos en el agua, y no juntos.

—Por Dios, lucía, no tienes que justificar lo que haces. No conmigo. Quiero pensar mal y que me cuentes todo lo que hiciste. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Te aseguro que no me voy a escandalizar ni te voy a juzgar.

—Pero es que no hicimos nada —respondo sin poder contener la risa, mientras recuerdo su erección y una suave ola de deseo atraviesa mi estómago—. Pero, puedo asegurarte que la tiene grande; potente.

—¿Cómo lo sabes? ¿Se le marcaba bajo el bañador?

Me muerdo el labio inferior entre cohibida e insegura, pues no sé si es buena idea explicarle que nos bañamos desnudos y, de golpe, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago, siento cómo una ola de pánico recorre mi cuerpo. ¿Y si Mario descubre dónde estoy y lo que he hecho? Me levanto de la silla y siento cómo mi respiración se hace más rápida, pesada.

Es imposible, me digo tratando de convencerme, aquí estoy a salvo. Además, no he hecho nada malo. Me paro delante del ventanal, respiro hondo un par de veces para controlar el ataque de pánico y, mentalmente, me recuerdo que soy una mujer nueva. Así que alzo ligeramente el mentón y respondo:

—Porque nos bañamos desnudos.

Y una vez más se hace una pausa al otro lado de la línea, que logra romper mi frágil seguridad. Retuerzo el cable del teléfono en mi dedo índice y contengo la respiración. Quizá no debería de haberle dicho que había

conocido a Alejandro Román, no quiero que me juzgue como una mujer frívola, a la que le gusta exhibirse.

— ¿Sigues ahí?—le pregunto después de lo que me parece una eternidad.

—Claro que sí, sólo que aún estoy tratando de asimilarlo.

— ¿Qué me he bañado con él o que lo he conocido?

— ¡Todo!

— ¿Te... te parece mal?

—Por Dios bendito, Lucía, claro que no. Al contrario, estoy muy orgullosa de ti.

— ¿Por bañarme con él?

—Por ser capaz de abrirte a otro hombre, después lo que el cerdo de tu marido te ha hecho. ¿Quieres que te envíe su libro o ya lo has leído?

—Ni tan siquiera lo había pensado.

—Por lo menos le habrás preguntado cuándo sacará su próxima novela, ¿no?

Esta vez soy yo la que tardo unos segundos en romper el silencio. ¿Qué puedo decirle: qué Alejandro ha perdido a su musa porque teme no estar a la altura que él cree debería de estar? Este es nuestro secreto y quiero que siga siéndolo. Sólo suyo y mío. Como el suave velo de deseo que, estoy segura, vio en mis ojos la noche en que nos bañamos. Por eso no he vuelto a visitarlo, porque el velo sigue en mis ojos, en mi cuerpo, porque llevo dos días imaginando dos siluetas en la playa, una encima de la otra, amándose, acariciándose, y esto me asusta.

Mucho, sobre todo porque no estoy preparada para hacerlo realidad.

Aún no.

Decimoquinto día, por la mañana, playa norte.

Joder.

Hace tres horas que me he sentado ante el ordenador y lo único que he conseguido es un fuerte dolor de cabeza.

Apoyo la espalda en el respaldo de la silla y cierro los ojos.

Ocho días, eso es lo que llevó dándole a la tecla, intentando no desangrarme mucho; sólo lo suficiente como para ser capaz de escribir algo decente. Algo que iguale mi anterior trabajo o que lo supere.

Ocho días, cincuenta y seis horas dedicadas a dormir, cuarenta y ocho intentando tomar posesión de mi yo rebautizado en esta silla y ochenta y ocho horas dedicadas al ocio: a comer, a beber y a pasear. Si, lo he contado, he tenido tiempo para hacerlo, tiempo es lo que me sobra.

Lo que me falta es talento. Inspiración. Dejar de pensar en Lucia, en si estará bien y por qué no viene a verme. En por qué sólo me visitan los mosquitos cada noche. Aunque aquí tengo que aclarar que últimamente ha habido alguna que otra baja en el grupo. Hablando sin tapujos: he matado a Rodríguez. Fue un accidente, se cruzó entre mi mano y mi pierna justo cuando tenía a Pancho en la mira y lo único que pude hacer por él fue beber a su salud.

Pancho sigue con vida.

Se puede decir que nuestra relación está firmemente asentada en el desespero: él por chupar mi sangre y yo por aplastar su cuerpo. (De momento va ganando él)

De Claudia no he vuelto a saber nada.

Así como de Lucia.

A la que más extraño.

Playa sur.

La verdad es que me ha costado mucho dar este paso, hace días que evito pasear por este lado de la playa, para no tener que enfrentarme a Alejandro ni a mi imaginación.

Días interminables que he dedicado a recomponer un poco mi autoestima. Y, aunque sé que si quiero superar mis inseguridades seguramente necesitaré la ayuda de algún psicólogo, poco a poco voy progresando. O eso me digo; es lo que ansío creer. Eso, y descubrir quién es esta nueva Lucia. La intrépida, la que se atreve a subir los escalones del porche y asomarse al interior de la casa sin llamar. Es más, ahora mismo prefiero que Alejandro ignore mi presencia; me basta con sentir cómo mi estómago se tensa suavemente al verlo sentado frente al ordenador, echado hacia atrás en la silla y con los ojos cerrados. ¿Habrá encontrado por fin la inspiración para volver a escribir?

Me humedezco los labios mientras observo su perfil, el ceño fruncido, la línea algo torcida de su nariz, su boca apretada y su nuez al tragar saliva. Bajo la vista hacia sus hombros, su camiseta pegada al cuerpo y me pierdo unos segundos en sus brazos, fuertes, y en sus manos grandes de dedos largos y uñas cortas. Me llevo una mano al corazón en un intento de detener el torrente de sensaciones que laten en mi pecho, una mezcla de miedo y otra sensación mucho más dulce y aterciopelada, pero no lo consigo. Sólo puedo mirarlo e imaginarme esos dedos subiendo lentamente por mi pierna, acariciando mi piel al tiempo que...

No voy a decirte que Mario fue al primer hombre al que besé, sabes que antes hubo otros, sin embargo, desde que lo conocí, nunca he pensado ni deseado estar con nadie más. Él era mi mundo y, sin ser consciente, el motivo de todas mis decisiones: por él dejé mi trabajo cuando me lo pidió, así como a mi familia y a mis amigos; cerré los ojos y me convertí en la mujer que él deseaba que fuera. O lo intenté. Tanto que casi le entregué mi vida.

Así que trata de imaginar cómo me siento ahora, cómo el miedo a ser

castigada por desear a otro hombre que no es mi marido me paraliza en el umbral de la sala, al tiempo que me encantaría sentarme sobre sus rodillas, ver la sorpresa en sus ojos y...

—Un dólar por tus pensamientos. —Rompo la línea de mis pensamientos. Es lo mejor, pisar sobre suelo estable, dejar las alas para cuando sea capaz de volar con los ojos cerrados, sin miedo a caer o a que me abatan de un tiro y me encierren en mi piel, junto con el miedo y el dolor.

Playa norte.

Mis labios dibujan una sonrisa al oír su voz, pero mis ojos siguen cerrados. Si los abriera, Lucia vería cuánto la he extrañado y es algo que de momento prefiero reservarme para mí.

— ¿Así que estás dispuesta a pagar un dólar por mis pensamientos?— pregunto.

Silencio.

Una quietud que parece sobrenatural, hasta que escucho sus pasos inseguros acercándose como un gatito ante un tigre, esperando el zarpazo que lo matará.

—Subiría a dos, pero no sé si saldría perdiendo —contesta.

—Eso no ayuda a mi autoestima.

—Podría arriesgarme si supiera por dónde van.

—Eso es hacer trampa, ¿no te parece?

Se ha parado justo frente a mí, creo que se ha apoyado en la mesa que uso como escritorio, y mis labios no dejan de sonreír. ¿Quién es esta nueva Lucia? ¿Dónde ha quedado la que conocí: la herida, la insegura, la figura triste que caminaba abrazada a sus brazos por la playa?

— ¿No piensas abrir los ojos?— me pregunta.

—Si lo hiciera, verías mis pensamientos y estos dejarían de tener algún valor para ti.

Más silencio.

Y yo sigo expectante. Nervioso. Temiendo que se marche sin haberla visto.

—Podríamos hacer un trato —dice al fin.

Levanto una ceja, notando cómo la curiosidad por esta nueva Lucia me hace sonreír.

—Exactamente, ¿qué clase de trato?

—Podríamos llamarlo un intercambio de pareceres.

—Vas a tener que ser algo más específica; eso no me dice nada.

— ¿Y si te pidiera que durante un minuto no te movieras ni abrieras los ojos?

Silencio.

Esta vez de mi parte.

— ¿Qué conseguiría yo?

—Quizá un pensamiento de dos dólares.

Mi respiración se vuelve algo más pesada y mi imaginación más atrevida.

—Me parece justo.

Durante un angustiante minuto no pasa nada, ningún ruido llega a mí, sólo la voz de mi mente desquiciada ha empezado a sugerirme que quizá estoy sentado frente a una loca que piensa cortarme a pedacitos o que está robándome delante de mis narices; después de todo, apenas si la conozco, igual que ella a mí. Sin embargo, si he de ser sincero, en este momento sé que no quiero estar en ningún otro sitio que no sea éste, por más que el segundero del reloj me parezca la más vil de las torturas inventadas por el hombre y el silencio que me envuelve se me atasque en la garganta como un mal chiste.

De repente, mi corazón da un salto en mi pecho al sentir un roce, un ligero vuelo de tela y su aliento dulce y cálido a escasos centímetros de mi boca. Por un segundo, tengo la sensación de que todo desaparece, de que sólo existimos ella y yo y la porción de aire que nos separa. Nada más.

Y esta sensación es el peor de los infiernos, sentirla tan cerca, oler su perfume, imaginármela acortando la distancia que separa nuestras bocas como una lenta tortura. Tan lentamente que rompo mi promesa de no moverme y aprieto una mano en el brazo de la silla para no pegarla a mi cuerpo, sentarla sobre mis rodillas y besarla; poseerla.

Suspira en mi cuello.

—Aquí le entrego su pensamiento de dos dólares, señor.

Y sonrío.

Y río.

Sin abrir los ojos.

Me encanta esta nueva Lucia.

Playa sur.

No sé qué me ha pasado ahí dentro, por qué me he dejado llevar de esa manera, pero, lo cierto, es que me alegro de que haya sucedido.

Camino por la playa con el chal ondeando tras de mí, al igual que mi risa.

Me gusta esta nueva Lucia.

Me gusta ser quien soy cuando el miedo no atenaza mi vida.

Playa norte.

Es de noche, y llevo dos preservativos en el bolsillo trasero del pantalón.

A ver, no quiero hacerme ilusiones, si realmente estuviera seguro de que va a pasar algo entre Lucia y yo, en este momento entraría a buscar los otros diez. Es más, ni tan siquiera lo estoy de que se deje caer por aquí. Sólo es un por si acaso. La posibilidad de que algo ocurra. El imposible mutilado en posible. El fuego antes de que se apaguen las brasas.

Las ganas de devolverle un pensamiento de dos dólares.

Bebo un sorbo de cerveza y, desde los escalones del porche, donde estoy siendo acribillado por Pancho, miro la lejanía, el horizonte como un manto negro desteñido por las nubes que rodean la luna. Cierro los ojos y oigo la hipnótica cadencia de la marea: olas embravecidas, salvajes, lamiendo la arena en su retirada para alzarse de nuevo y estrellarse contra los salientes rocosos de la playa. Sonrío al reconocer esa fuerza en mi cuerpo, que quiere levantarse glorioso por encima de las ataduras de los miedos y las inseguridades y descargar mi esperma en la piel de Lucia. Gritar de placer a cada embestida y oír cómo pronuncia mi nombre al estremecerse.

Abro los ojos y descubro su silueta blanca recordada sobre el fondo negro del mar.

Ese es el pensamiento de dos dólares que ella me ha regalado.

Y yo quiero devolvérselo.

Playa norte.

Al acercarme, me mira directamente a los ojos y mis mejillas empiezan a arder. La situación es bastante embarazosa y no sé qué hacer ni qué espera que haga. Así que me siento en el mismo escalón que él y escondo las manos entre mis rodillas.

—Todavía no sé sobre qué escribes —murmuro para romper el momento.

—Ahora mismo sobre nada.

—Pero esta mañana...

—Esta mañana me has regalado un pensamiento de dos dólares; sólo eso.

Lo dice sin mirarme pero, aun así, siento que vuelvo a sonrojarme.

—Al verte sentado frente al ordenador, pensé que habías encontrado a tu musa.

—Sólo estaba tratando de reencontrarme con mi antiguo yo —pausa, dubitativo, como si ni él mismo supiera que contestarme. Suspira—. Sin éxito.

Bajo la mirada hacia mis pies descalzos y las sandalias que he dejado en la arena y dijo:

—No sé cómo eras antes, pero me gusta el Alejandro de ahora.

Me mira y sonrío.

—Tú tampoco estás mal.

Permanecemos en silencio unos minutos, absortos en las mil posibilidades que existen esta noche; tratando de romper el fino cristal que nos separa de cada una de ellas. Y no puedo dejar de preguntarme qué opina de mí. Después de todo, sabe el motivo por el cual estoy aquí, en esta playa, que soy una mujer casada, maltratada. Y que mi piel lo desea.

—¿En qué piensas?—le pregunto.

—En que me gustaría acostarme contigo —me dice mirándome a los ojos—. En que me gustaría quitarte el vestido que llevas y hacerte el amor en la playa.

Playa norte. Él.

Espero ver cómo se sonroja ante mi comentario, pero sólo una triste sonrisa aparece en sus labios.

— ¿No crees que le damos demasiado poder a la palabra amor? ¿Tanto que acabamos por deformarla?

Joder, no me entiendas mal, pero esto no era lo que esperaba. Después de regalarme su pensamiento de dos dólares, me había hecho otra idea de qué cómo se desarrollaría nuestro próximo encuentro y, esto, sea lo que sea, no entraba en mis planes.

—No lo sé. —Y es verdad, en este momento apenas si soy capaz de pensar en otra cosa que no sea en desnudarla y besar cada centímetro de su piel; en tratar de curar lo que otro ha maltratado.

Nos miramos un momento y mis ojos deciden deslizarse hacia sus hombros. Desnudos. Y hacia el escote de su vestido y la suave hendidura que marca el inicio de sus pechos. Redondos. Turgentes. El chal envuelve sus brazos sin fuerza, cómo si sólo fuera un trapo sin vida.

— ¿Y si te pidiera que durante un minuto no te movieras, confiarías en mí?

Se tensa, un poco, sin apartar la mirada de mi cara, como si en ella pudiera leer si voy a hacerle algún daño.

—Supongo que sí.

—Bien —susurro sin entender por qué de repente estoy tan nervioso.

Dejo la cerveza en un escalón, me siento junto a ella y veo lo rápido que le late el pulso en el cuello. La beso justo en ese punto. Tan suave como puedo. Respiro su aroma, a sol, a playa y crema bronceadora, a vida, y subo despacio por su cuello, rozándola sólo con mi aliento. La deseo. Y darme cuenta de cuánto me asusta. Pero no estoy dispuesto a renunciar a esta necesidad, no voy a renunciar a nada más; por más que sé que debería alejarme.

—Voy a ir despacio contigo —susurro en su oído—. Tan despacio que

me vas a implorar que deformemos juntos el amor.

Me separo y la miro; la necesidad ha vuelto a sus ojos, a su piel. Levanto un brazo, le acaricio una mejilla y me acerco a su boca. Tanto que nuestros alientos se entremezclan con nuestras ganas.

—Su pensamiento de dos dólares, señora.

Sonríe.

Y yo también.

Decimoséptimo día, playa sur.

Han pasado dos días.

Dos días desde que me entregó mi pensamiento de dos dólares y no he hecho otra cosa que pensar en él. Me gusta este juego, el ir despacio, el sentirme deseada, a pesar de todas mis imperfecciones. Me miro en el espejo de cuerpo entero que hay en la habitación y una tímida sonrisa se dibuja en mi boca. La verdad es que no sé cómo ha podido pasar, pero él es el responsable de que mi brújula interna se haya vuelto loca y me impulse a desplegar las alas, a confiar un poco más en mí misma y a quererme.

Hoy llevo un vestido corto, casi transparente, sobre el biquini, con la esperanza de que le guste. Me encasqueto el sombrero de paja que encontré en una de las habitaciones de la casa, cojo el chal y salgo en pos del viento que me impulsa a buscar otros mares.

Camino siguiendo la costa, con los pies en el agua y la vista en el horizonte, en la línea que separa lo tangible de lo inmaterial. Mis ojos se pierden en el mar mientras mis pensamientos corren hacia el porche donde sé que lo encontraré. Alzo por encima de mi cabeza los brazos y dejo que el viento revolotee el chal rojo, como si fuera la vela de un barco a la deriva.

Playa norte.

«Lucia, mi piel vibra al susurrar tu nombre, se baña en el sudor del deseo. Hundirme en tu interior, desenfrenado, ebrio, para una vez colmada la sed, hacerte el amor a pedacitos, despacio. Acostumbrarme a tu sabor, a tu respiración, a tu modo de entender la vida y, si tengo suerte, a que me bendigas con una sonrisa. Sin consecuencias, sin promesas, sin sueños, sin ataduras. Sólo un sacudirse después la arena del cuerpo, plenos de sonrisas, de silencios y de paz, donde tu quizá y mi tal vez se miran a los ojos sin la urgencia del deseo».

Seis líneas. Un párrafo. Un año y medio para romper la maldición de la página en blanco. No está mal. Claro, si tuviera alguna continuidad. De momento sólo es una gota de semen. El deseo hecho palabras. Un pensamiento verbalizado, sin jadeos ni gritos de placer ni el éxtasis que componen una novela. Nada. Y, aun así, un comienzo. Un quizá.

Playa norte. Ella.

He dejado las sandalias en la arena y subido las escaleras hasta deslizarme en el interior de la casa, tan silenciosamente como puedo. Aún no quiero que él sepa que estoy aquí. Prefiero sorprenderlo, ver qué hace cuando no está sentado en el porche. Así que avanzo hasta la sala y mi corazón empieza a latir nervioso ante la similitud con que se repite la escena, al verlo sentado frente al ordenador. Es inevitable, así como ver las posibilidades que se abren ante mí al pensar si hoy volveré a ofrecerle un pensamiento de dos dólares o si iré más lejos y cuánto de lejos estoy dispuesta a ir.

Me acerco a él sin hacer ruido, tratando de leer lo que ha escrito en el ordenador, pero ve mi reflejo en la pantalla y baja la tapa del portátil.

—Sólo es un esbozo —susurra.

—¿Y no me dejarás leerlo?

Se levanta de la silla, se apoya en el escritorio y sus ojos recorren mi cuerpo haciendo paradas estratégicas en mis pechos, en cómo se marcan bajo la tela del vestido y se adivina el contorno de mis pezones. En mi cintura, antes de bajar un poco más abajo y recrearse en lo poco que tapa el bikini mi sexo. En mis piernas bronceadas.

—Depende de lo que estés dispuesta a intercambiar.

Me sonrojo, lo noto y él sonrío. Levanta un brazo y acaricia un mechón del recogido que me he hecho esta mañana. Tan cerca de mi cuello que mi respiración se vuelve algo más errática, inestable, nerviosa.

—Supongo que todo depende de la cantidad de letras que hayas empleado —digo.

Hace una mueca, divertido; pero sus ojos, sus ojos están llenos de deseo.

—La enorme cantidad de noventa y nueve palabras. Asombroso, ¿no te parece?

—Sí. —Y lo digo de corazón, contenta de que haya vuelto a escribir. Creo que lo estaría aunque solo hubiera sido capaz de teclear una sola

palabra.

—Así que —Se acerca un poco más a mí, sin dejar de acariciar mi pelo mientras su mano descansa en mi hombro y sus dedos rozan mi cuello—. ¿Qué vas a ofrecerme a cambio?

Esta vez soy yo la que acorta la distancia que nos separa, tanto que mi vestido toca su ropa y nuestros ojos se encuentran. Se dilatan. Tanto que nuestras respiraciones se vuelven una y un escalofrío de placer y expectación recorre nuestro cuerpo.

Tanto que si no me besa en este momento, lo haré yo.

— ¿Qué serías capaz de ofrecerme a cambio de leer lo que he escrito? —vuelve a preguntarme.

Todo, le responde mi cuerpo.

Y eso me asusta. Mucho. Porque no quiero volver a perderme por nadie; ni siquiera por él.

Playa norte. Él.

Lo veo.

Veo cómo el miedo oscurece sus ojos e, inconscientemente, da un paso atrás. Metafóricamente hablando. Y cómo yo, metafóricamente hablando, acepto su miedo, cuando en realidad decido seguir adelante, demostrarle que no tiene nada a temer. Que sólo somos un hombre y una mujer que desean estar juntos, sin ataduras ni compromisos, sólo disfrutar de su mutua compañía.

—Un secreto —susurro.

Un instante de silencio, de rubor, de incompreensión.

—Es eso lo único que te pido a cambio.

Entreabre los labios y su pecho sube al inspirar una bocanada de aire.

—No tengo ninguno. No para ti.

Bajo la cabeza y acerco mis labios a su oído. Cierro un instante los ojos y respiro su aroma. Su piel, mientras mis dedos acarician la sedosidad de su cabello. Mi deseo se agrava, lo noto, así como el leve temblor de mi respiración, de mi voz, de mi cuerpo.

—Piensa en uno. Lucha por mis palabras.

Y también noto cómo vuelve a respirar, hondo, y su pulso se acelera al lamerle el lóbulo de la oreja, al besárselo y sentir mi aliento sobre su piel. Así cómo su cuerpo se tensa y abre y cierra las manos, en una búsqueda frenética de algún recuerdo que haya olvidado, pero que sea lo suficientemente importante para intercambiarlo por mis palabras.

Estoy a punto de decirle que puede ser cualquier cosa, que no hace falta rebuscar en el baúl de los recuerdos, cuando me sorprende con una revelación:

—De pequeña, mi cuento favorito era Caperucita Roja.

La miro a los ojos; miedo, ansiedad, inseguridad, todo eso mezclado con deseo. Y esa pequeña gota de desafío con que me mira, que me desarma.

—Aunque nunca entendí por qué no podía matar ella misma al lobo.

— ¿Por eso llevas un chal rojo?—Sonrío, me encanta su valentía;

poca gente sería capaz de confesar algo así a un completo desconocido—. ¿Por qué quieres matar al lobo?

Abre los ojos, asombrada, porque nunca ha relacionado este hecho con el llevar esta prenda en pleno mes de julio y en la playa.

—No lo sé. Quiero decir que —parpadea, confusa—. Sólo lo llevo porque me hace sentir segura.

—Estarías en tu derecho de querer matar al lobo. A su sombra. A lo que te ha hecho.

Silencio. Aunque su cuerpo se tensa al recordar. En cambio el mío, se desinfla al comprender que el momento ha pasado, y que a los dos nos vendría bien un poco de aire.

— ¿Te apetece una cerveza?

Salimos al porche, ella se apoya en la baranda de madera de cara al mar, bebe un trago y yo hago lo mismo a unos pasos suyos. La brisa marina nos envuelve con su sofocante abrazo. Permanecemos en silencio, Lucia observando la nada, pensativa, ida, lejos de aquí, de mí. De mis palabras.

Playa norte. Ella.

¿A quién pretendo engañar?

Yo soy la Caperucita Roja del cuento, una de tantas, me temo; una que de niña desafiaba al lobo feroz con el palo de una escoba y se divertía imaginando que lo mataba, cuando, en realidad, este se la comía. Y no sólo eso, sino que ahora la entiendo perfectamente, a Caperucita, digo, pues yo tampoco lo vi venir y, por más pistas que me dio, nunca fui capaz de adivinar su disfraz. Y, si antes no necesitaba de un leñador para que lo matara, ahora lo que más me asusta es que deseo que lo haga. Que alguien, sea quien sea, me libre del lobo del cuento.

Me aparto el mechón de cabello de la cara que él ha acariciado antes, y susurro:

— ¿Sabes que hay varias versiones de Caperucita?

Él se limita a mirarme.

—En un principio —digo—, era un cuento de hadas bastante cruel. En él, caperucita, engañada por el lobo, se comía la carne de su abuela, se bebía su sangre y, después, éste la convencía de que se desnudara y se acostara en la cama con él, antes de comérsela. —Mis ojos se pierden en la inmensidad del océano, aun cuando, mis pensamientos no consiguen alejarse de esta versión de Charles Perrault^[3]. Es como si hasta ahora no hubiera sido capaz de ver la semejanza del cuento con mi vida. Ver cómo el lobo se transforma en Mario y esconde sus garras hasta que, poco a poco, consigue alejarme de todas aquellas personas a las que quiero y, después, acaba con mi autoestima; lentamente. Suspiro—. El cuento de la Caperucita Roja que todos conocemos, se lo debemos a los hermanos Grimm.

—Y ¿cuál de las dos versiones es la que más te gusta?

Aprieto los dedos en torno a la lata de cerveza, con fuerza.

—La de los hermanos Grimm; aunque, como te dije, nunca entendí por qué el leñador tenía que acabar con el lobo; por qué no lo hacía ella. —Y tengo que morderme el labio para no llorar. Por más que mis ojos y mi pecho

se inundan de lágrimas, de dolor, de miedo y desesperación e impotencia—.
¡Por qué, maldita sea, no podía hacerlo ella!

Playa norte. Él.

Es un acto reflejo. Y, como tal, espontáneo.

—Entonces, mátame a mí.

Veo cómo gira la cabeza y me mira, las lágrimas que se niegan a salir de sus ojos, el dolor que aún encierra su cuerpo, y algo muy dentro de mí se revela contra el monstruo que le ha destrozado la vida.

—Lo digo en serio, hazlo.

No dice nada, no sabe qué decir, ni siquiera si debe reír o llorar. Así que insisto.

—Imagina que yo soy el lobo y hazlo. Mátame.

Veo cómo coge aire y empieza a enfadarse.

—No me gusta este juego.

—Me importa un pimiento si te gusta o no; solo hazlo.

Se tensa. Todo su cuerpo está a punto de romperse. El miedo ha regresado a ella; ahora yo soy el monstruo: tengo su voz, su porte, su fuerza, su agresividad, la determinación de matarla.

— ¿Qué vas hacer? ¿Llorar toda tu vida porque alguien se portó mal contigo?—le digo buscando una reacción, algo que la haga llorar y atacarme, desgastar toda la rabia que tiene en mí—. ¿Disfrutas siendo la víctima?

Y antes de que pueda preverlo, me lanza la lata de cerveza a la cara; aunque, por suerte, impacta contra mi pecho. Sonrío, por más que me ha dolido.

— ¿Eso es todo? ¿Así te defiendes? Vamos, enséñame tus uñas.

Se abraza y, sin más, me da la espalda y empieza a bajar los escalones del porche abrazada a su cuerpo; el chal tirante a su espalda.

— ¡De acuerdo, vete, huye!—le grito con la esperanza de que haga todo lo contrario—. Quizá, en el fondo, es lo que deseas: ¡que te coman! Maldita sea, ¿aún crees que eres esa niña incapaz de enfrentarte al lobo?

Se gira hacia mí y sonrío, con saña; con desesperación; con crueldad, mientras las lágrimas se escapan de sus ojos.

— ¿Pero quién coño te crees que eres?—me grita—. ¡Sólo eres un escritor mediocre, que un día tuvo un golpe de suerte! Sólo eso, un payaso que se pasa las horas del día bebiendo porque no tiene las agallas suficientes para volver a escribir. Sinceramente, no me extraña que tu musa te haya abandonado, porque eres un fraude como hombre y como escritor. No vales nada.

De acuerdo, vale, eso me ha dolido, porque, en el fondo, sé que es verdad.

Y que el juego ha terminado. Para los dos.

Playa sur.

Como cada noche, he comprobado dos veces que todas las ventanas y las puertas de la casa estén cerradas, antes de esconderme en esta habitación. De meterme en la cama con un té frío en la mesita de noche y un paquete de galletas de mantequilla. Algo que me endulce el ánimo. Lo necesito. Necesito creer que Alejandro no pretendía hacerme daño, que estaba jugando a un estúpido juego, pero hoy me he vuelto a sentir como la antigua Lucia, insegura; herida. Magullada. Y no puedo dejar de preguntarme si siempre será así... si nunca me abandonará esta sensación. Si los hombres siempre me lastimarán.

La misma noche, playa norte.

¡Maldita sea!

La he cagado.

Y de qué manera.

Tanto que debo de estar borracho. Sí, creo que lo estoy. Vamos, o poco me falta para lograrlo. Bebo el último trago de mi tercera cerveza, abro la cuarta y, sólo para asegurarme de que lo estoy, bebo otro trago. Largo. Demasiado largo para mi yo sobrio.

Observo desde la oscuridad del porche el infinito y mi boca me traiciona al susurrar su nombre:

—Lucia.

He de reconocer que me gusta cómo suena en mis labios, su sonoridad.

Las sensaciones que ella despierta en mi cuerpo.

Su sonrisa.

El brillo de sus ojos.

Su piel.

Su cabello.

Creo que hasta su miedo me gusta. Aun cuando esto no tenga mucho sentido.

Me acerco la cerveza a la boca y otro trago se suma a la larga lista de los ya bebidos.

Cierro los ojos y me pierdo en la imagen de su cuerpo esta mañana, en sus pechos bajo el vestido transparente, en lo turgentes y exuberantes que son. En el contorno de sus pezones marcados en la tela del bikini. En mis ganas y en las suyas. En su estómago liso y sus caderas de infarto. En mi erección y en... Mierda. Ya no me acordaba de Pancho. Abro los ojos y me percató de que el muy condenado ha debido de traerse a toda su familia y a sus parientes más lejanos. A toda su tribu. Quizá tengan planeado darse un banquete a mi salud o a costa de mi salud. Tanto da. Ella, la única que me importa, está noche no está.

Ahuyento a la nada, al aire, en un fútil intento de acabar con la vida de alguno de ellos y les gruño. Pero nada. Al cabo de unos segundos, descubro a uno posado tranquilamente en mi brazo y a otro en mi pierna. Sonrío, después de todo, no saben la resaca que les espera mañana.

Decimoctavo día, playa sur.

—He estado pensando —digo tratando de adoptar un aire causal, como si sólo fuera una idea sin importancia, cuando, en realidad, esta noche apenas si he dormido. Unto una tostada con mermelada de frambuesa mientras escucho a través del móvil el claxon de un coche. Lo tengo en manos libres, así puedo hablar con Clara, que está de camino al trabajo y desayunar al tiempo—. Me gustaría irme al extranjero. Empezar una nueva vida. Lejos de aquí.

—Suenan bien —murmura.

—Sí, yo también creo que es una buena idea.

Silencio. Un silencio roto por el ruido del tráfico.

Me siento en el taburete de la cocina y observo el móvil, a la espera de oír su voz. Algo que me indique que sigue ahí, pero pasan los segundos y notó cómo una parte de mí empieza a alarmarse. Tanto que mi boca me traiciona.

— ¿No me vas a preguntar por Alejandro?

—Sí, claro, ¿lo has visto?

—Sí, ayer, pero sólo un minuto. —Miento, porque no volveré a verlo y no quiero hablar de él, por más que yo haya sacado el tema.

Espero su respuesta, pero lo único que me llega a través de su silencio es un frío sudor que recorre mi cuerpo. Algo va mal, lo presiento, y no quiero saber que es. En serio, no quiero saberlo, sólo deseo vivir en paz y que me dejen tranquila. Sin embargo, me sorprende preguntando:

— ¿Qué pasa?

—Mario. —Y detecto una nota de indecisión en su voz; como si no estuviera muy segura de tener esta charla conmigo—. Está desesperado por encontrarte. No sabe dónde estás y el muy desgraciado quiere poner una denuncia por desaparición.

Tiemblo, las manos se me agarrotan en el bordillo de la mesa, antes de esconderse en mi regazo.

— ¿Has hablado con él?

— ¡Claro que no! Si fuera así, le habría gritado a la cara que es un maldito maltratador. Un desgraciado que necesita menospreciar a las mujeres para sentirse superior. —Pausa—. Si lo sé es porque ayer me llamó tu madre; tampoco sabe dónde estás y está muy asustada.

Aparto la mirada del móvil para evitar sentir que le he fallado, a ella, a todos.

—No sabría cómo decirle... No podía decirle que me pegaba. No creo que lo comprendiera. Mario era... es; le gustaba para mí. Decía que formábamos una pareja muy bonita.

—Eso lo decíamos todos, no sólo tu madre.

— ¿Le has dicho dónde estoy?

— ¡Claro que no!

Más silencio. Sólo que el de esta cocina, se ha vuelto opresivo.

— ¿Qué piensas hacer?—me pregunta después de unos segundos.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos y salen entre sollozos.

—Marcharme, irme donde no pueda encontrarme.

—Ya estás donde no puede encontrarte.

Playa norte.

Me he sentado en el porche para verla venir.

Es lo que me digo, que vendrá, que encontrará el camino hasta aquí como lo ha hecho otras veces; sin embargo, otra parte de mí sabe que me estoy engañando, que el que la espere sólo significa retrasar un día más lo inevitable, el tener que reconocer que ella tiene razón: que soy un fracaso como hombre y como escritor. Que su miedo es mi miedo. Que yo también soy una víctima de género. De mi género: el que nunca termina nada. El que nunca se compromete con nada. El que pasa por la vida sin dejar huella.

Uno más sin más historia que la de todos.

Alzo la cabeza hacia el cielo despejado y cierro los ojos. Supongo que todos compartimos algún temor. El mío es muy sencillo: mi incapacidad para aceptar que yo soy mi peor enemigo. Mi verdugo. Mi maltratador. Bajo la mirada hacia mis pies, enterrados en la arena y los muevo para liberarme de su peso, de su calor, de...

Aunque esto no quita que la extrañe, que tenga resaca de las cervezas que aún no me he tomado y de las palabras que nunca escribiré. De las horas que están por venir y de los minutos que ya no volverán.

Pero sobre todo de mí.

Vigésimo día, playa sur.

Aparto la cortina de mi habitación y la playa se despliega ante mí.

Otro día, otro calor, o el de siempre. Es lo único que soy capaz de observar, de percibir, de sentir. Así como el miedo, la incertidumbre, las dudas y las preguntas de siempre.

Y Mario, siempre Mario, su miedo, mi miedo, su temor a no encontrarme y mi temor a que lo haga. Su ira, su odio y su venganza restallando contra mis ganas de vivir.

Dejo que la cortina se deslice de entre mis dedos y vuelva a cerrarse.

Lo único nuevo en mi vida es él. Alejandro. Su recuerdo, su quizá y mi tal vez mezclados y mis ganas de verlo, de dejar que sus ojos acaricien mi piel y el temor a que vuelva a herirme.

Me siento en la cama, acaricio distraídamente el cobertor de verano, estampado en cálidos tonos azules, y suspiro. Es cuanto puedo hacer. Cuanto me atrevo a hacer.

Hoy no he salido a caminar. No tengo ningún motivo lo suficientemente fuerte que me impulse a salir de esta casa, de esta habitación, del aire acondicionado.

Ninguno, salvo el de permanecer con vida, segura.

Día vigésimo primero, playa norte.

Los días pasan sin que uno se diferencie del otro. Tanto que he empezado a dudar de que realmente hayan transcurrido cuatro días desde que Lucía se fue. ¿Y si fue ayer cuando la vi por última vez? ¿Y si sólo han pasado unas pocas horas desde que nos gritamos lo que nunca debería de haber salido de nuestras bocas?

Me apoyo en el marco de la puerta principal de la casa, frente al mar, con un botellín abierto en la mano para espantar el calor.

Y a Lucia.

Bueno, a ella no, a su recuerdo. A sus palabras. A su verdad.

A mi necesidad de beber para desafiar a su fantasma a regresar. Aun cuando me digo que no quiero que lo haga, que las cosas ya están bien como están: ella en su mundo y yo en el mío. Aun cuando me pase el día implorándole en silencio que no permita que su marido ni ningún otro gilipollas la hiera de nuevo (incluido yo). Aun cuando me descubra pensando en ella más de lo que me gustaría y mi piel sueña en descubrir su piel.

Bebo y, por un momento, surge dentro de mí la necesidad de irme, de marcharme lejos; de embarcarme en una nueva aventura y de olvidar a Lucia.

Vigésimo segundo día, playa sur.

—Mario ha puesto una denuncia por abandono de hogar.

Me dejo caer en el sofá de la sala y noto cómo mi respiración se va alterando.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo ha dicho a tu madre y, como amiga preocupada por tu desaparición que la llama de vez en cuando para saber si hay alguna novedad, ella a mí.

Permanecemos unos segundos calladas, tratando de encontrar algo de sentido a su denuncia, a su preocupación, a mi negativa a hablar con mi familia, con un abogado, con la policía; con alguien que pueda ayudarme. Cuando vuelvo a oír la voz de Clara a través del teléfono.

—Está decidido a encontrarte.

—Y yo a evitar que lo haga.

—¿Cómo? ¿Escondiéndote toda la vida: huyendo? Por Dios, Lucia, no puedes vivir así. Tienes que hacer algo. Defenderte. Atacar. Algo.

Lo sé, y aun así me cuesta moverme. Mucho. Demasiado. Es más fácil huir, alejarme de él y de todos, evitar el miedo hasta que desaparezca.

Bajo un instante la mirada y me humedezco los labios.

—Quizá se olvide de mí y rehaga su vida con otra mujer.

—Para eso sería mejor que estuviera divorciado, ¿no te parece?

Sí, pero eso significaría moverme; exponerme otra vez a su ira.

Vigésimo noveno día, playa norte.

Las nueve de la mañana, y el sol ya baña la cocina.

No es que me importe mucho, hace unas dos horas que he puesto el aire acondicionado, justo después de ducharme, pero, según como, hoy me molesta todo: Desde el graznido de las gaviotas hasta el ruido de la cafetera.

Me siento en un taburete alto alrededor de la isla de la cocina y observo mi móvil. Sé que he tomado la mejor decisión, seamos realistas, la única que podía tomar, pero aun así espero una señal del universo, algo que, en el último momento, desbarate mis planes y me haga replantear mi decisión.

Me acerco la taza de café a los labios y saboreo un sorbo mientras reviso la bandeja de entrada de mi correo por si se me ha pasado leer algún mensaje importante, pero sólo hay propaganda. Lo cierro y mis ojos de deslizan hacia la ventana y el paisaje tras el cristal. Sin una nube en el cielo. Sin brisa. Sin esperanzas.

Joder, ¿para qué perder más tiempo? Lo abro y empiezo a escribir, «Necesito algo más de tiempo...». Mi dedo se para y un musculo de mi mandíbula se tensa. Lo borro y tecleo «Lo siento, no tengo nada; estoy seco». Sí, esto se ajusta más a la realidad. Mi dedo sobrevuela en círculos concéntricos el enviar para concederle unos segundos más al universo para que actúe y...

El juego se ha acabado.

Oficialmente vuelvo a ser un parado más.

Playa sur.

No sé quién soy. Me he convertido en una extraña para mí misma. Me miro en el espejo de pie que hay en la habitación y no reconozco la imagen que me devuelve. ¿A quién pertenecen esas ojeras, oscuras y amoratadas que rodean mis ojos? No a mí. Desde luego, porque, si esto es lo que soy sin Mario, ¿qué era cuando estaba con él? ¿A quién pertenecían los moratones que había en mi piel, el miedo, la mandíbula tensa, las uñas de mis manos comidas?

Me alejo unos pasos sin dejar de mirar a la extraña del espejo y, de repente, siento una presión en el pecho que exige salir. Cojo una almohada de la cama y la lanzo contra la imagen que me desafía a negar que seamos la misma persona con un grito de desesperación.

¡Yo no soy ella!

¡No lo soy!, sollozo mientras me dejo caer de rodillas sobre la alfombra, con una mano aferrada a las sábanas y la otra al bajo de mi vestido. No sé dónde estará la nueva Lucía, la que se bañaba desnuda con un desconocido, pero sí que no es la del espejo. No lo es.

Un gemido de rabia y de mil heridas sin cicatrizar recorre mi garganta. No quiero ser la del espejo. Al contrario, quiero poder abrir los brazos al cielo e implorar clemencia, piedad, amor. Respeto. Confianza. Volver a observar el mundo sin temor y bailar al son de la música y reír. Dejar atrás las pesadillas, los ansiolíticos, las tilas y las valerianas y cambiar mi pasado por un nuevo presente.

Miro de nuevo la imagen del espejo y sólo veo a una mujer herida, hundida, que lucha por salir victoriosa de una guerra que nunca pidió librar.

No, me digo apretando con fuerza el puño al tiempo que me levanto del suelo, ni un insulto más, ni una vejación más, ni un grito más.

No sé quién es esta nueva Lucía pero sí que sabe gritar: «Yo soy la reina de mi mundo, y en él, yo dicto las leyes. Yo soy la soberana, la diva y exijo respeto. Se acabó la época del terror. A partir de ahora, mando yo y dijo NO a la violencia; NO a todos los gestos y creencias que me denigran y me

someten como mujer; NO a aquellos que sólo ven en mí un objeto sexual o a alguien que sólo sirve para planchar o cocinar; NO a todos y a cada uno de los hombres que necesitan dominarme para sentirse realizados. Y, por supuesto, un rotundo NO a Mario».

Playa norte.

Hoy he ido al pueblo y me he despedido de Pepe, el dueño de la librería.

Sé que aún me queda un mes de alquiler y que debería quedarme y disfrutar estos días antes de tener que enfrentarme a la realidad, pero, aparte de beber, poca cosa más hago. Claro, si exceptuamos las noches en las que persigo a Pancho y a toda su tribu.

Por cierto, a él lo maté anoche.

Así que no sé qué pasará esta noche, si su familia ha tramando alguna represalia contra mí, ni qué será de los dos dólares de pensamientos que Lucía olvidó llevarse con ella.

Lo único que todo ha terminado.

Noche, playa sur.

Alzo la cabeza hacia el cielo estrellado y una sonrisa se dibuja en mis labios al observar el manto que esta noche cubre mis huellas. Diminutas, insignificantes a sus ojos. Y enormes, gigantescas para los míos. Camino sintiendo el resbaladizo roce de la arena bajo mis pies cada vez que el mar se retira y a la brisa lamer con su pegajosa huella mi piel. Avanzo sin ser consciente del tiempo que se dilata entre pisada y pisada, sintiendo cómo una nueva Lucia se va perfilando a medida que aprendo a amarme y, a mí y a la antigua, con todas sus heridas.

Soy libre.

¡Libre de gritar, de reír, de aplaudir y mirar a cuanto hombre me venga en gana! De beber cerveza. De arreglarme si me apetece y de no volver aplanchar nunca más una maldita camisa. Me declaro en huelga de... entreabro los labios e inhalo una bocanada de aire; despacio, muy despacio.

Podría decir que ya no me acordaba de él, que mis pies habían olvidado el camino que me lleva hasta su casa, pero mi corazón no sabe mentir; no puede esconder la alegría que siente al ver su silueta en la lejanía. Ni mucho menos afirmar que he olvidado cómo terminó nuestro último encuentro.

Playa norte.

Echo ligeramente la cabeza hacia atrás y me termino la cerveza.

Dejo el botellín vacío a un lado de la escalera y espanto con una mano un mosquito. No sé quién es, el mosquito, me refiero, esta noche no me he tomado la molestia de bautizarlo, es la última que paso aquí y me he limitado a sentarme en el mismo escalón de siempre y beber.

Es lo que hago, lo único que hago desde que aterricé aquí, así que para qué voy a cambiar mi rutina. Quien sabe, quizá mi futuro pase por elaborar mi propia cerveza.

Me estiro hacia atrás, abro la nevera portátil llena de cubitos de hielo y saco un nuevo botellín. Lo abro, bebo un trago y apoyo los antebrazos en mis rodillas, con la vista clavada en la arena que cubre parcialmente el primer escalón. Es a lo máximo que llego esta noche. Lo poco dispuesto que estoy a que un nuevo pensamiento se abra paso a través de los viejos y siembre la duda en mi corazón. Ya no puedo echarme para atrás, sólo seguir hacia adelante, sea lo que sea que esto quiera decir.

Observo los dedos de mi mano sujetar la botella por el cuello y, de repente, un par de pies captan toda mi atención. Pequeños, descalzos. Llenos de arena. Mi corazón empieza a latir con fuerza contra mi pecho.

Nervioso, fijo la mirada en ellos, sin atreverme a levantarla por temor a descubrir a su dueña. Veo cómo avanzan hacia mí y, joder, debo de haberme tragado toda una nube de mosquitos porque siento cómo revolotean en mi estómago. Su dueña, ella, mi Lucía, se sienta a mi lado y, por primera vez desde que se marchó, algo en mi interior se destensa.

Ha vuelto.

Justo cuando yo me voy.

Playa norte, ella.

Me siento a su lado y el silencio, nuestro silencio, se apodera de nosotros.

No podía ser de otra manera.

Siempre nos dejamos arrastrar por él cómo si éste pesara más que nuestras palabras.

Me humedezco los labios para romperlo y su voz, la que tanto he extrañado, se me adelanta.

—No esperaba volver a verte.

—Ni yo —reconozco en un susurro.

—Entonces, ¿qué haces aquí?—Se lleva el botellín a la boca y su mirada se pierde en la oscuridad que nos cubre.

Me rodeo las piernas con los brazos y un suspiro se desliza entre mis labios. ¿Cómo explicarle lo que ni yo misma sé? Sólo que me gusta esta tranquilidad, el poder sentarme a su lado y dejar que el silencio se apodere de nuestras gargantas, el no tener que fingir ser otra persona y, bueno, el sentirme segura, protegida, deseada; aun cuando la última vez que nos vimos no fuera así.

—Mañana me marchó —murmura sin mirarme. Bebe otro trago de cerveza y sonrío, con ironía, con dolor—. Tenías razón, soy un fraude, como escritor y como hombre.

Aprieto las manos en mi regazo al sentir cómo mi corazón se queja ante la idea de que esta sea la última vez que nos veamos, pero sobre todo, lo que más me duele es ser la dueña de las palabras que lo han herido hasta este punto.

Me encierro en mi misma, me abrazo un momento, y después me abro a su dolor.

—Así que te rindes. Así de fácil.

Aprieta la mandíbula y se encoje de hombros.

—No tengo nada sobre lo que escribir.

—Entonces escribe sobre eso. —Pongo una mano sobre su brazo y mis

dedos ansían abrirse para acariciar su piel. Sí, el deseo, mi deseo, sigue vivo. Demasiado vivo—. Si te marchas, si renuncias a ser quién quieres ser, habrás renunciado a tus sueños.

Playa norte. Él.

No lo puedo evitar, levanto una ceja, irónico.

— ¿Cómo cuando soñabas con matar al lobo?—Sí, bueno, sé que es un golpe bajo y no me siento especialmente orgulloso de mí, pero qué sabe ella de sueños.

Aparta la mirada, dolida.

—Lo sueños solo existen para hacerlos realidad —susurra.

—Sí, claro, por eso estamos los dos aquí, huyendo de la realidad.

La invitaría a una cerveza, pero, esta noche no estoy muy sociable. Es más, no sé si a esto que siento: ira, enfado y desesperación contra la vida, por joderme de esta manera, sea muy razonable añadirle la lujuria. El pecado de desearla por encima de su estado civil, de su pasado, de sus miedos, de mí mismo.

—No quiero huir más —dice con voz queda, rota—. Es más, ahora sé que para vencer al lobo es necesario sacrificar al miedo.

— ¿Y tú lo has sacrificado o te has entregado a él?—La miro por primera vez desde que se ha sentado a mi lado y, al instante, me arrepiento de haberlo hecho. De todo. De mis palabras. De mi malhumor. De ser demasiado consciente de su mano en mi brazo.

Parpadea para borrar las lágrimas que luchan por inundar sus ojos, pero ya es demasiado tarde para poder frenarlas. Una se desliza suavemente por su mejilla y yo me siento como un miserable. Bajo la mirada y noto el leve temblor de su mano segundos antes de que sus dedos dejen de tocar mi piel. Me digo que es mejor así, que no necesito su compasión ni su compañía, pero al sentir que vuelve a dejar caer su mano sobre mi brazo y que sus dedos se cierran suavemente como si estuvieran luchando para no dejarse llevar y descubrir todos mis secretos, la necesidad que recorre mi cuerpo desde que he visto sus pies de estrecharla contra mi pecho y hacerle el amor, se apodera de mí.

—Me he entregado a él —responde en voz queda, mientras yo hago

todo lo que puedo para no visualizarnos desnudos en la arena, en mi cama, en las escaleras—. Le he dado las riendas de mi vida y le he permitido que haga lo que quiera conmigo. Es más, en este momento me pide que salga corriendo y me aleje de ti.

—Deberías de hacerle caso.

—Sí, seguramente tienes razón.

Aun así, permanecemos en silencio, sin movernos, hasta que la oigo suspirar.

—Necesito que me devuelvas los dos dólares de pensamientos que te entregué.

La miro y no sé si sonreír ni si está hablando en serio. Sólo soy capaz de sentir su mano subiendo lentamente por mi brazo antes de perderme en sus ojos.

Playa norte. Ella.

Veo la duda reflejada en su mirada, el cómo va a devolverme algo que le pertenece; cómo depositar en mis manos su quizá y mí tal vez.

—No los necesitarás cuando te vayas —le digo acercándome un poquito más a él.

Cierra un segundo los ojos como si le costara concentrarse en lo que le digo, pero le obligo a abrirlos al acariciarle la mandíbula.

—No puedo —susurra.

—Entonces tenemos un problema, porque pienso recuperarlos.

Playa norte. Él.

¿Quién es esta nueva Lucia: la que me tienta, la que me desea, la que me acaricia?

Y ¿quién soy yo para ella: el hombre o el escritor? ¿El fraude o el lobo?

—No puedo devolvértelos —susurro.

Sonríe, y su respiración se vuelve mi respiración. El latido de su corazón mi latido. Su deseo mi deseo. Poco a poco, su mano se desliza por mi mandíbula hasta rozar mis labios; hasta acariciarlos con la yema de los dedos, con su aliento, con su boca, con su lengua y nuestro aliento. Despacio, en un principio, tentadores, provocativos; hambrientos, después. Aunque lo más correcto sería decir que el hambriento soy yo. De su piel. De su sabor. De nuestro quizá y nuestro tal vez. De todas las oportunidades perdidas y de las encontradas.

Pongo una mano en su nuca y la pego a mí, mientras mi lengua explora y juega con su lengua. Mientras la saboreo y mi cuerpo se tensa y mi respiración se hace más pesada. Mientras un gemido se escapa de su boca y se pega a mi cuerpo.

La deseo, tanto que su gemido se convierte en mi gemido; en mi necesidad de arrancarle la ropa y penetrarla con fuerza, con desesperación. Derrumbarme, exhausto después, sobre ella y sentir su corazón. Dormirme a su lado y ver amanecer juntos.

Y este último pensamiento rompe como vidrio quebradizo el momento.

Lentamente me separo de ella y la miro a los ojos, brillantes, llenos de vida, de esperanza. De deseo.

—No puedo —susurro, y es verdad, no puedo arriesgarme a hacerle el amor y desear ver salir juntos el sol. Ella, mi Lucia, su Lucia, sólo es un sueño, un espejismo, un quizá y un tal vez; sólo eso.

Trigésimo día, playa sur.

Me miro en el espejo y sonrío; soy una mujer nueva. He nacido de nuevo. Es lo que me digo cada vez que veo mi imagen reflejada sobre cualquier superficie. Es un diminuto paso para recobrar mi autoestima, lo sé, pero es lo que mi amiga Clara me aconsejó que hiciera (aunque ninguna de las dos sabemos que tan efectivo es) Así que, de paso, he concertado visita con un psicólogo. Necesito hablar con alguien de todo lo que me ha pasado, tratar de encontrar el motivo por el cual permití que las cosas llegaran tan lejos. Entenderme y aceptarme.

Me pongo el sombrero de paja que he encontrado en una de las habitaciones y salgo a pasear. Camino hacia el norte, con el sol pegado a mi cuerpo, reviviendo una y otra vez el beso, los besos, su sabor, nuestro sabor. Su «no puedo» y mi frustración; el sentir que, a lo mejor, yo no soy suficiente para él.

Alzo la cabeza y veo su casa a lo lejos. Me acerco, nerviosa, indecisa, retorciendo con las manos la punta del chal rojo que descansa sobre mis hombros. Me paro a unos metros del porche y observo todas las ventanas cerradas; la puerta cerrada. Las escaleras vacías. Bajo la vista para no sentir cómo mi corazón se rompe, pero el daño ya está hecho. Quizá le quedaba demasiado grande el éxito. Quizá sus sueños solo eran sueños y este lugar sólo un lugar. Quizá yo era demasiado pequeña para él.

Madrid, 21:05. Él.

Me siento con las manos vacías frente al balcón de mi apartamento y observo el edificio de enfrente. Gris. Triste. Con algunos geranios en los balcones. Alzo la mirada hacia el pedacito de cielo que logro ver y mis pensamientos son ahogados por el locutor del telenoticias que sale en mi televisor, por el aire acondicionado y por el bullicio del tráfico.

Esta es mi realidad.

A la que he vuelto.

Trigésimo primer día, pueblo. Ella.

Me siento en el interior de uno de los bares de la plaza, en el rincón más alejado de la puerta, y me escondo en una de las muchas aplicaciones que tengo en el móvil. Es lo que soy, lo que somos, en lo que nos hemos convertido: en sombras que prefieren la seguridad del mundo virtual al real. Me llevo a los labios el zumo de piña que le he pedido al camarero y, al oír que la puerta del bar se abre, levanto la mirada.

Una sombra de decepción cruza veloz mis ojos. Así que vuelvo a perderme en la *pseudoseguridad* virtual.

Hoy es la primera vez que me he atrevido a abandonar la seguridad de la playa desde que llegue aquí, y esta sensación de normalidad me gusta; hasta, según como, me hace sentir valiente; atrevida. Aunque una vocecita en mi interior insista en recordarme que solo lo he hecho para no perderme en mis pensamientos.

Levanto una vez más la vista y veo entrar a Clara luciendo un magnífico bronceado bajo el vestido rojo que lleva. Segura de sí misma, del lugar que ocupa en el universo. Hace un rápido barrido del local para localizarme y sonrío cuando nuestras miradas se encuentran.

Se acerca después de pedirle algo al camarero y, por un instante, me observa en silencio, tratando de encontrar en mí algún vestigio de la antigua Lucia. Se sienta frente a mí y la sonrisa de sus labios se desliza hacia sus ojos.

—Te veo muy bien —me dice, y sé que lo dice en serio—. Creo que ese tal Alejandro te ha alineado muy bien los chakras.

Inmediatamente noto cómo algo se clava en mi pecho, un dolor nuevo, desconocido, la tristeza de una posibilidad rota; desperdiciada. Algo sobre lo que no quiero pensar. No ahora.

Dejo el móvil sobre la mesa; otra pequeña victoria al abrirlo por primera vez desde que estoy en la playa, y murmuro un:

—No creo que él tenga nada a ver con mi recuperación.

Una línea de preocupación se dibuja en su frente; presiente que tras mi

aparente calma se esconde un nuevo monstruo, y yo me pregunto si siempre será así. Si siempre habrá uno en la imaginación de aquellos que saben por lo que he pasado y solo pueden ver en mí mi fragilidad.

Sonrío débilmente.

—Esta vez solo ha salido un poco magullado mi orgullo. Eso es todo.

Alarga los brazos por encima de la mesa y encierra una mano mía entre las suyas.

— ¿Quieres hablar de él?

—No, es más urgente hablar de Mario. —Rehúyo su mirada y mi mano se tensa entre las suyas—. Es de él de quien quiero hablar.

El camarero deja sobre la mesa el café con hielo que Clara ha pedido y se va. Quizá crea que somos pareja, es lo que debemos parecer. Sobre todo porque nos miramos fijamente. Ella para detectar lo que va mal en mí y yo porque quiero que solo vea a una nueva Lucía.

—Pues parece que una parte de tu cuerpo no comparte tu opinión.

Un instante de indecisión, de querer esconderme, de fingir que todo va bien; como siempre. Un patrón de miedo que estoy dispuesta a superar.

—Lo besé. —Clara abre los ojos de par en par; sorprendida por mi revelación.

— ¿A Alejandro?

Asiento con la cabeza y una triste sonrisa se insinúa en mi boca.

—Sí, a él.

— ¿Y por qué me parece que no fue muy bien?

Aparto los ojos al sentir cómo el dolor de su rechazo se clava todavía en mi pecho.

—Nos estábamos besando y, de pronto, me dijo que no podía — murmuro mientras las lágrimas humedecen mis mejillas.

— ¿Qué no podía qué?

—Seguir.

Clara se deja caer contra el respaldo de la silla.

— ¿Por qué?

—No lo sé, de verdad que no lo sé.

Madrid. Él.

—Joder, así que es verdad, has vuelto.

Sí, bueno, las noticias vuelan.

Me planteo cerrarle la puerta en las narices, pero al final dejo que me siga por el pasillo hasta mi habitación. Me tumbo en la cama y coloco el portátil sobre mis piernas.

—Podrías haber avisado y habríamos salido a celebrarlo—me recrimina.

—No estoy para mucha fiesta.

— ¿Qué pasa? ¿Aún no tienes nada sobre lo que escribir?—me pregunta Diego, uno de mis excompañeros de piso, de cuando trabajaba en la fábrica.

—No, aún no.

Se pasa una mano por el pelo y se deja caer en la punta de la cama.

—Joder, tío.

Sí, algo así.

Muy cerca de la playa, en el pueblo. Ella.

— ¿No se lo preguntaste?

—No —susurro, sin poder evitar sentir que soy poca cosa para él.

—Vaya.

Nos quedamos en silencio un momento, inmersas en las mil posibilidades que ofrece el no puedo de un hombre, pero sin llegar a ninguna conclusión. Solo el ruido del bar, el de los camareros al entrar y salir para atender los clientes de la terracita, nos distrae. Al final, cansada de sentir lastima de mí misma, cojo aire con fuerza y lo expulso.

—Será mejor que nos centremos en Mario.

Clara hace una mueca de disgusto con la boca.

—Mejor seguro que no, pero sí más urgente. —Echa el café en el vaso con hielo que le ha traído el camarero y lo mezcla con la cucharilla—. El otro día llamé a tu madre para averiguar cómo estaban las cosas y está muy asustada. Está empezando a pensar que estás muerta, que alguien te ha matado y arrojado tu cadáver en un vertedero.

Una espina de culpabilidad se incrusta en mi pecho. No quiero imaginarme el calvario por el que deben de estar pasando mis padres, pero me da miedo su reacción; el que no me crean.

—Tienes que llamarla y explicarle dónde estás —me dice.

—No puedo. No sabría por dónde empezar.

— ¿Qué te parece por un: «Hola, estoy viva»?—Y arrastra mi móvil por encima de la mesa hacia mí—. Y después estaría bien que le explicaras por qué has tenido que huir.

Madrid. Él.

— ¿Qué vas hacer ahora?

Miro a Diego, sentado en la cama con los antebrazos apoyados en las rodillas y suspiro.

— Empezar de cero.

— Pensaba que estas escribiendo. — Y señala con la cabeza el portátil.

— Sólo estoy buscando portales de trabajo.

Diego aparta los ojos, se levanta de la cama y, nervioso, vuelve apasarse una mano por el pelo.

— ¿Estás seguro de esto? Creía que... no sé, que esta vez sería diferente.

— ¿Diferente a qué?

— Pues a lo que haces siempre.

— ¿Y qué hago siempre?

— Abandonas todo lo que empiezas.

Dejo de teclear y lo miro sintiendo cómo la rabia se va apoderando de mí.

— No me salgas con esas; sabes de sobra que no es verdad.

— ¡Claro que sí, nunca terminas nada! Siempre tienes una excusa para no arriesgarte.

— ¿Pero de qué coño hablas?

— ¡De tu puta jodida vida!

Nos quedamos en silencio, retándonos con la mirada, hasta que él decide que es inútil tratar de hablar conmigo.

— Es tu vida, tu jodida vida.

Y se va.

Por la noche, playa sur.

Sola, de vuelta a la seguridad de la playa, en mi habitación.

Apoyo la espalda en los cojines de la cama y repaso mentalmente la conversación de esta mañana con mis padres. No ha sido fácil. Sobre todo el tratar de explicarles el porqué he abandonado a Mario. El que me vean como a una víctima de género. El tener que revivir lo que nunca pedí vivir y el eliminar un miedo para implantarles otro: el que Mario pueda matarme si me encuentra.

Una lágrima se desliza por mi mejilla al recordar su preocupación mientras trataba de explicarles el infierno que supuso vivir con él, sus comentarios, sus gestos, sus abusos, los golpes a su hija. Y después los gritos de mi padre mientras mi madre trataba de impedir que fuera a verlo para romperle la cara. El inmenso alivio que supone saber que me apoyan y que buscarán asesoramiento para averiguar qué puedo hacer.

Sonrío, contenta de haberle hecho caso a Clara y hablado con ellos.

Cojo el mando de la tele para distraerme y, de repente, un hilo de miedo se desliza por mi pecho al escuchar la melodía de mi móvil. Mierda, olvidé apagarlo. Miro el nombre que sale en la pantalla y mi respiración se vuelve más imprecisa, nerviosa.

Mario.

Dejo que la llamada se corte, una vez, dos, tres veces, pero insiste; así como el temblor de mi mano al extenderse hacia mi pecho. Sé que alguna vez tendré que hacerle frente, pero aún no estoy preparada. ¿Cómo puedo estarlo para hablar con mi maltratador?

Cierro un segundo los ojos, respiro profundo para intentar calmarme y vuelvo a ser la Lucia de siempre, la que encontraba una justificación para sus golpes, para sus ataques e insultos. La que prefería esconderse en sí misma antes de salir dañada. Y, maldita sea, ya no lo soy. No lo soy. Empero, me guste o no, sólo hay una manera de demostrarme a mí misma y a él que he cambiado. Así que me obligo a contestar su llamada.

—Hola—susurro tratando de que no se note el temblor de mi voz.

— ¿Hola?—pregunta indignado, colérico—. ¿Es lo único que se te ocurre decir después de un mes sin saber de ti? ¿Acaso sabes el infierno por el que me has hecho pasar?

—Lo-lo siento.

— ¿Qué lo sientes? ¡¿Qué lo sientes?! ¿Dónde demonios estás?

Silencio.

—No me hagas esto, Lucia, no me obligues a pensar mal. ¿Estás con alguien? Por qué si me mientes, si descubro que me has engañado...

—Estoy sola.

— ¿Dónde estás?

—No.

— ¿Cómo qué no?—Su voz se rompe, llora—. ¿Tienes idea de cuánto de amo?

—Si me amaras no me habrías pegado.

—Sólo lo hice porque me obligaste a hacerlo. Te dije que no estaba de humor.

Doblo las rodillas hacia el pecho y las abrazo. Sí, es verdad, me lo dijo, por eso busqué refugio en la cocina, lejos de él y de la botella de whisky. Lo que no podía prever era que se me caería un vaso al suelo y que eso despertaría al monstruo con el que vivía.

— ¿Me oyes? Te amo tanto que no puedo vivir sin ti.

—No voy a regresar —susurro contra mis rodillas.

— ¿Qué quieres decir con que no vas a regresar? Eres mi esposa. Me perteneces.

—Solo me pertenezco a mí misma.

— ¿Qué estupidez es esa? ¿Con quién demonios has estado hablando?

—No he hablado con nadie.

— ¡Y tanto que lo has hecho! Esas no son tus palabras, alguien te ha estado comiendo el cerebro. Joder, Lucia, no quiero volver a tener que castigarte, así que ahora mismo vas a recoger tus cosas y mover tu culo hacia aquí. ¡Quiero que muevas tu culo hacia aquí!

Cuelgo y apago el móvil.

Madrid. Él.

He bajado a tomar algo en la terracita que hay cerca de donde vivo. Abro el móvil para ver qué me estoy perdiendo, pero llevo tanto tiempo desconectado del mundo que nada consigue llamar mi atención. Lo cierro y lo dejo sobre la mesa, junto a la cerveza que he pedido.

Apoyo un codo en el brazo de la silla metálica y me restregó los ojos, cansado. De las palabras de Diego, que revolotean insistentemente en mi cabeza desde que las soltó y de mis anhelos frustrados por escribir una nueva novela. De Lucia, a la que no consigo sacarme de la cabeza; así como el sabor de sus besos, y mis ganas y sus ganas.

Joder, ¿y si Diego tiene razón? ¿Y si es verdad que abandono todo lo que empiezo por miedo a fracasar? ¿Y si Lucia es más de lo mismo: miedo a abrirme y mostrar como soy?

Cojo el móvil y entro en todas las aplicaciones donde están mis amigos, en busca de algo que me distraiga, una foto, un chisme, lo que sea. Empero, la realidad, es que una parte de mí no quiere dejar de pensar en ella. Así que abro una página en documentos y tecleo lo primero que me viene a la cabeza:

“Ella nunca fue mía. Nunca pretendí que lo fuera, nunca quise que lo fuera y, sin embargo, durante un minuto, fue todo lo mía que alguien puede ser”.

Trigésimo segundo día, playa sur.

Estoy frente a su casa; vacía. Necesitaba salir a caminar, pensar en la conversación de ayer noche con Mario y explicarle a Alejandro que le hice frente al lobo feroz: que no lo vencí ni lo derroté, que ni tan siquiera lo golpeé, pero que lo arañé y eso lo hace aún más peligroso.

Me siento en el porche y me pierdo en el último recuerdo que tengo de él; en el deseo de sus ojos mientras me decía no puedo.

Bajo la mirada hacia mis piernas bronceadas y retrocedo en el tiempo hasta el día que me confesó le daba miedo no estar a la altura del Alejandro Román, que había escrito *Tiempos convulsos*. Ahora, por fin, comprendo el significado de esas dos palabras, el porqué se fue: porque no era lo suficientemente bueno para sí mismo, así como yo nunca lo seré para Mario.

Así como tampoco lo fui para mí misma, así como siempre busqué mi reconocimiento en las personas equivocadas y sacrifiqué lo más valioso que tenía por su amor: a mí misma.

Me abrazo y observo el mar; su infinito vaivén.

Lo bueno de esto es que ahora sé que debo quererme y aceptarme tal como soy, con mis virtudes y mis miedos, sin esperar a quererme por cómo me ven los demás o por lo que ellos esperan de mí. Debo ser suficiente para mí misma, si quiero vencer al lobo. Al miedo.

En la misma playa, un año y medio después

Epílogo

Playa norte.

Hundo las manos en los bolsillos del abrigo de lana mientras observo una ola rizarse sobre sí misma antes de romperse. El día es frío, destemplado, con grisáceas nubes en el cielo. Camino siguiendo la línea que deja la marea sobre la arena, con cierta añoranza por el pasado. No mucha, la justa para que no se convierta en una piedra que me impida avanzar.

Sí, he cambiado. Era inevitable que pasara si quería conseguir algo en la vida, ser el escritor que nunca soñé ser. No fue fácil, al contrario, romper con mis hábitos y ver el miedo que se escondía tras cada decisión fue difícil, pero lo peor vino después, cuando empecé a ser consciente de que, en realidad, siempre había obtenido todo aquello que deseé: pasar desapercibido en la vida, sin problemas ni esfuerzos.

Sigo caminado, pensativo, mientras la bufanda negra resguarda mi cuello del frío. Lo cómico de este planteamiento, del antiguo, digo, es que sólo obtuve una parte de lo que anhelaba, pues cada pequeño escollo que se presentaba en mi vida, lo convertía en una montaña insalvable, que lo único que hacía era hundirme. Como hice al abandonar mi carrera de escritor porque quería demostrar al mundo lo bueno que era cuando, en realidad, lo único que deseaba era demostrármelo a mí mismo. Crérmelo. Sentirlo en la piel.

Me paro a unos metros de la casa que alquilé hace más de un año en busca de mi musa y una sonrisa se dibuja en mis labios al recordar mis eternas noches de cervezas y mosquitos; el sentimiento de impotencia y frustración con el que convivía y a ella; a la protagonista de mi segunda novela.

Sí, así es, al final me atreví a escribir otro libro que, aunque tuvo una buena crítica, no se convirtió en ningún *bestseller*. Y, sí, la protagonista de la historia se llamaba Lucia. Mi Lucia. Nuestra Lucia, después de todo, siempre le perteneció más al miedo que a mí.

Me giro hacia el mar, cojo un guijarro y lo lanzo al agua. No es el primero que he tirado desde que me he bajado del coche, de alguna manera espero que se lleve con él todos los pensamientos que Lucia me regaló. Pero

estos siempre regresan a mí, fielmente. Y por más que una parte de mí lucha cada día por olvidarlos y enterrarlos en el pasado, no se puede ganar una guerra de antemano perdida. Ella es mi perdición, el sueño de un posible convertido en un imposible.

El imposible que más me duele.

Epílogo 2

Playa sur.

Ahora camino más ligera, es lo que tiene el no llevar tanto peso sobre los hombros, sintiendo la arena escurrirse bajo mis pies cuando la marea se retira. Sí, me he descalzado y arriesgado a una pulmonía sólo por el placer de sentir el frío del mar en mi piel. Últimamente hago estas cosas, cosas sin sentido, sólo por el placer de hacerlas. Supongo que es un empezar a vivir, a disfrutar de la vida, a olvidar el temor aun cuando éste aún exista.

Sí, de alguna manera, aún sigo ligada a él. A Mario, me refiero. El proceso de divorcio ya está en marcha y, según Clara, él ha empezado a salir con otras mujeres, pero eso no quiere decir que me haya dejado en paz, sólo que necesita desfogarse sexualmente. Así que, hasta que yo consiga un trabajo en el extranjero, permaneceré aquí, a salvo. Tranquila.

Así es, estoy buscando la manera de embarcarme en una nueva aventura que me abra las puertas tanto profesionales como personales. Es lo que quiero, lo que necesito, rehacer mi vida; aunque una pequeña parte de mí siempre permanecerá anclada a este lugar.

Bajo un instante la mirada hacia mis pies y sonrió. Débilmente.

Sigo abrazada a mis brazos, con las zapatillas de deporte atadas por los cordones sobre mi hombro. Escudriñando con la mirada el mar. Hasta que, a lo lejos, diviso la silueta de un hombre de cara a la inmensidad. Mi corazón da un suave brinco en mi pecho, como si presintiera algo que yo soy incapaz de ver. Lo ignoro y sigo avanzando. Sólo es un espejismo, una posibilidad tan remota que ni me atrevo a soñar con ella. Hace ya demasiados meses que dejé de pensar en él, de recordar su no puedo, de buscarlo inconscientemente cada vez que me acercaba a este lugar. Él forma parte de mi pasado y el pasado sólo es el fantasma de nuestro presente.

O eso quiero creer porque, de repente, se gira y...

Epílogo 3

Playa norte. Lucia y Alejandro.

Silencio.

Nuestro silencio.

Sólo nuestro.

Y a la vez tan suyo y tan mío.

Es como si el tiempo se hubiera detenido para observarnos, pues no nos movemos, sólo permanecemos clavados en nuestro metro cuadrado de seguridad. Rotos. Persiguiendo sueños, posibilidades pasadas, hasta que mis piernas deciden acercarse a ella y nuestros ojos tratan de esconder las ganas reprimidas por tanto tiempo y nuestros labios, húmedos y expectantes, luchan por contener la sonrisa que quiere abrirse al otro.

—Lucia. —Es cuanto puedo decir, aunque nunca una palabra ha significado tanto para un hombre.

—Alejandro —susurra.

Y seguimos mirándonos, preguntándonos cómo podemos romper la distancia que nos separa, olvidar los meses pasados y convertir nuestro silencio en algo tangible; deseable.

Preguntas sin respuesta que se clavan en nuestro corazón.

O por lo menos en el mío, porque ahora que la tengo delante, sé con toda certeza que no quiero perderla una segunda vez y que, a mí manera, lucharé por ella. Así que levanto un brazo y acaricio entre mis dedos un mechón de su cabello.

— ¿Al final conseguiste matar al lobo?

—Hice algo mucho mejor: aprendí a vivir sin él.

Avanzo un paso más hacia ella y, lentamente, bajo la cabeza hacia su mejilla y susurro muy cerca de su oído:

—Te escribí en un libro.

Coge aire, nerviosa, y sonrío.

—Sí, me leí en tu libro.

Fin

Querido lector, si te ha gustado esta novela,
deja una valoración en su punto de venta de Amazon.

¡Gracias por leerla!

[1] El cuento de la Caperucita roja fue transmitido oralmente antes de que Charles Perrault lo tomara y lo escribiera en 1697. Era una leyenda bastante cruel, destinada a prevenir a las niñas de encuentros con desconocidos. En su versión, el cuento no tiene un final feliz.

[2] Según los historiadores, la frase completa popularizada por el poeta romano Horacio fue: “Carpe diem quam minimum credula postero”. Es decir: “Aprovecha cada día, no te fíes del mañana”.

[3] Charles Perrault (París 1628-1703), escribió a la edad de 69 años y bajo el seudónimo de su hijo Pierre Perrault D’Amancour, “Les histories et contes du temps passé avec des moralités, ou Contes de ma Mère l’O”e. Ocho relatos, que dedicó a una princesa de la corte de Luis XIV. En ellos, estaba su versión de la Caperucita roja.